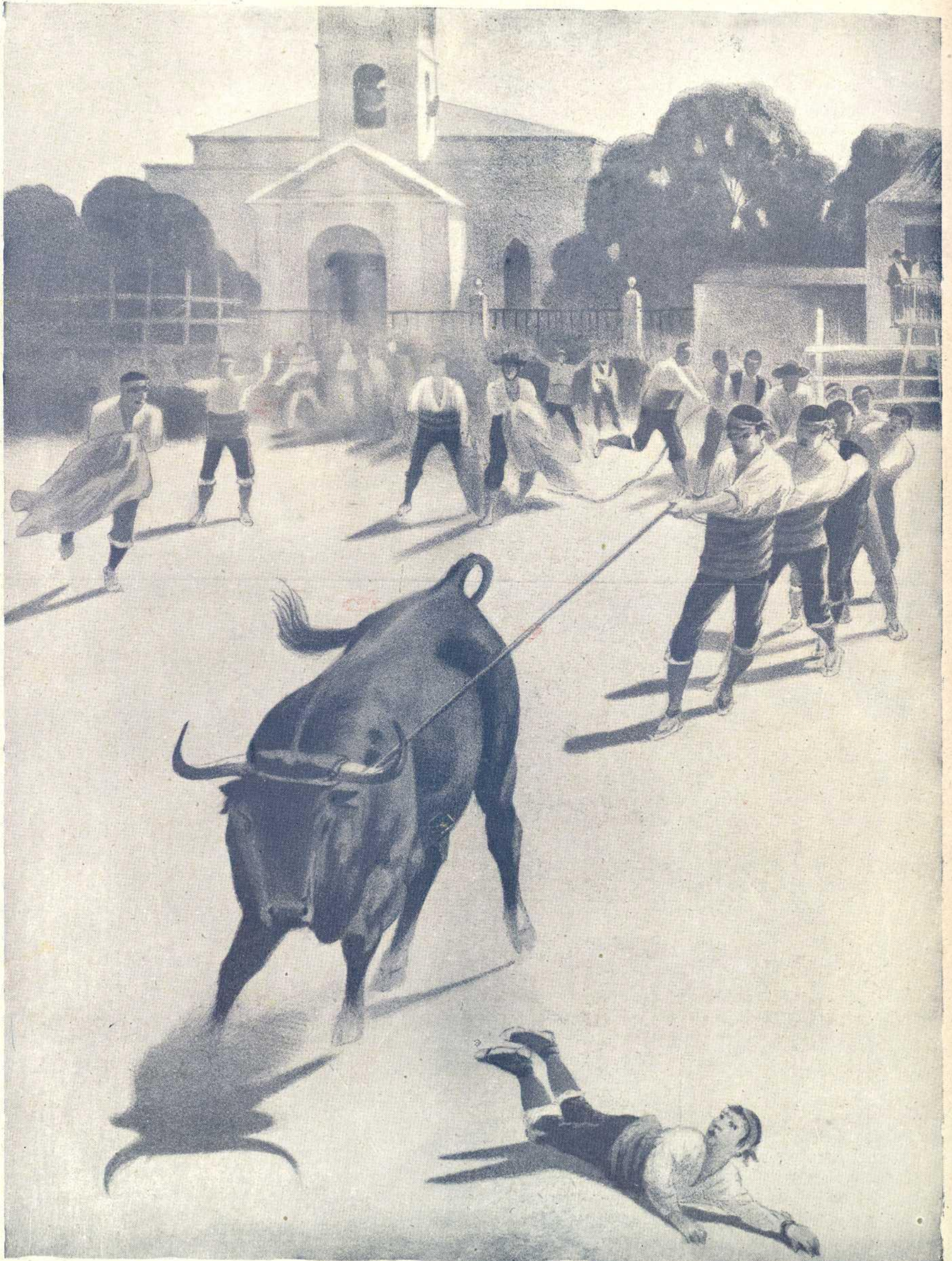


# El Ruedo



JAAVEDRA

1<sup>50</sup>  
PLS



**Toro enmaromado**  
(Dibujo de Perca.)

# El Ruedo



**EL DOMINGO, EN SAN SEBASTIAN**

**El Estudiante en un gran  
pase con las rodillas en  
tierra, al iniciar la faena  
a su segundo toro, del que  
cortó la oreja**

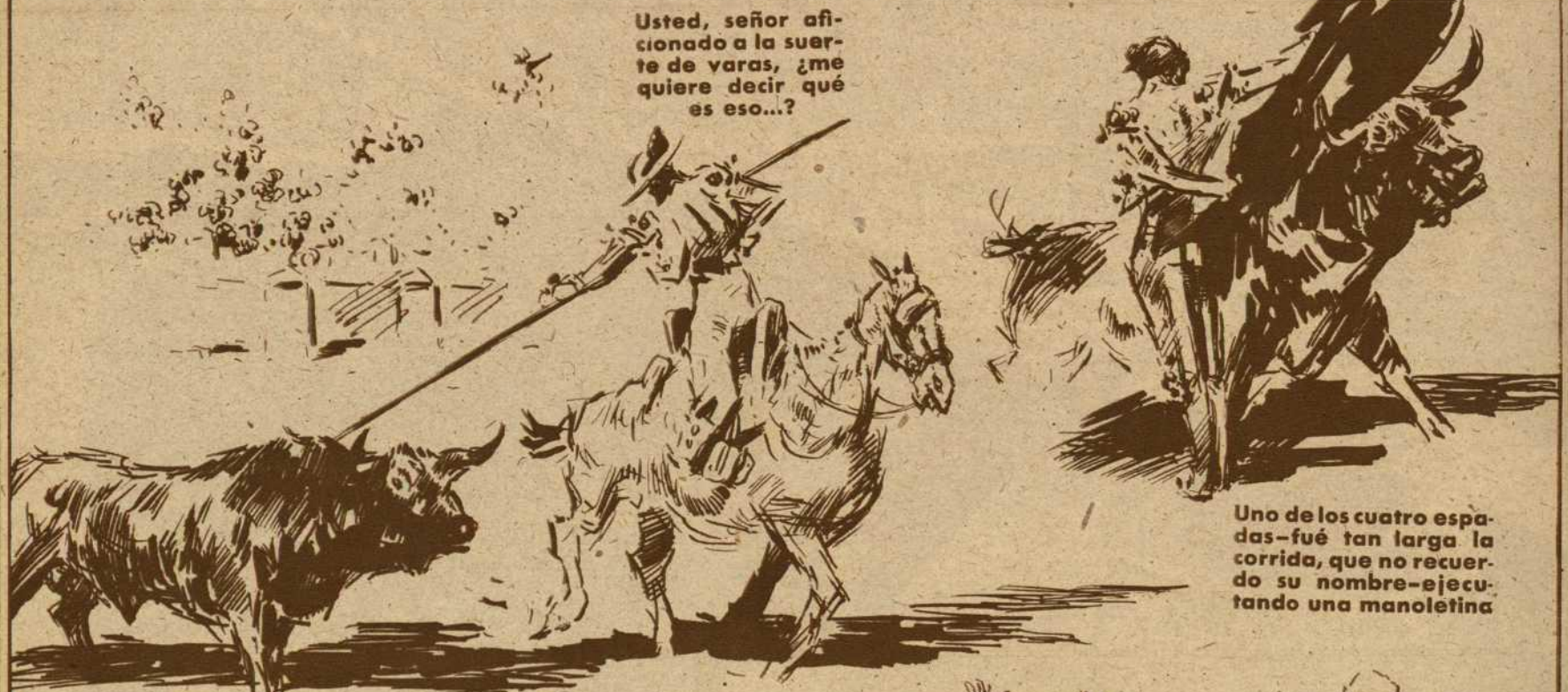
*(Foto Marín)*

# EL LAPIZ EN LOS TOROS

Por ANTONIO CASERO



Minuto, llegando a la cara de su segundo toro en un par de banderillas



Usted, señor aficionado a la suerte de varas, ¿me quiere decir qué es eso...?

Uno de los cuatro espadas—fué tan larga la corrida, que no recuerdo su nombre—ejecutando una manoletina

La cogida de José Romero en el octavo toro

ANTONIO CASERO



# El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I

Madrid, 16 de agosto de 1944

Núm. 10

## PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



**C**OINCIDEN algunos críticos en los comentarios al margen de la crónica taurina en que no es muy buen síntoma para la afición eso de llenar las plazas tan sólo con determinados diestros. Y terció yo ahora en el tema para decir que ese hecho auténtico es algo peor que un síntoma no bueno; es una prueba bastante clara de que la actual afición, ya que no se puede negar su existencia, es mala.

Mal aficionado me parece, en efecto, aquel que, siéndolo «de toda su vida»—según afirmará a cada paso cuando de toros se hable—, se niegue a ir a las corridas en que no alterna su diestro favorito, como malos, detestables aficionados me parecieron aquellos que se retiraron de los tendidos a la vez que de los ruedos lo hacían el Guerra o Bombita o Belmonte. Y no digo lo mismo de los que lo hicieron cuando murió Joselito, porque la tragedia de Talavera de la Reina pudo arrastrarles con razones de afecto, desencanto, amargura y muchas más que no son del caso ahora.

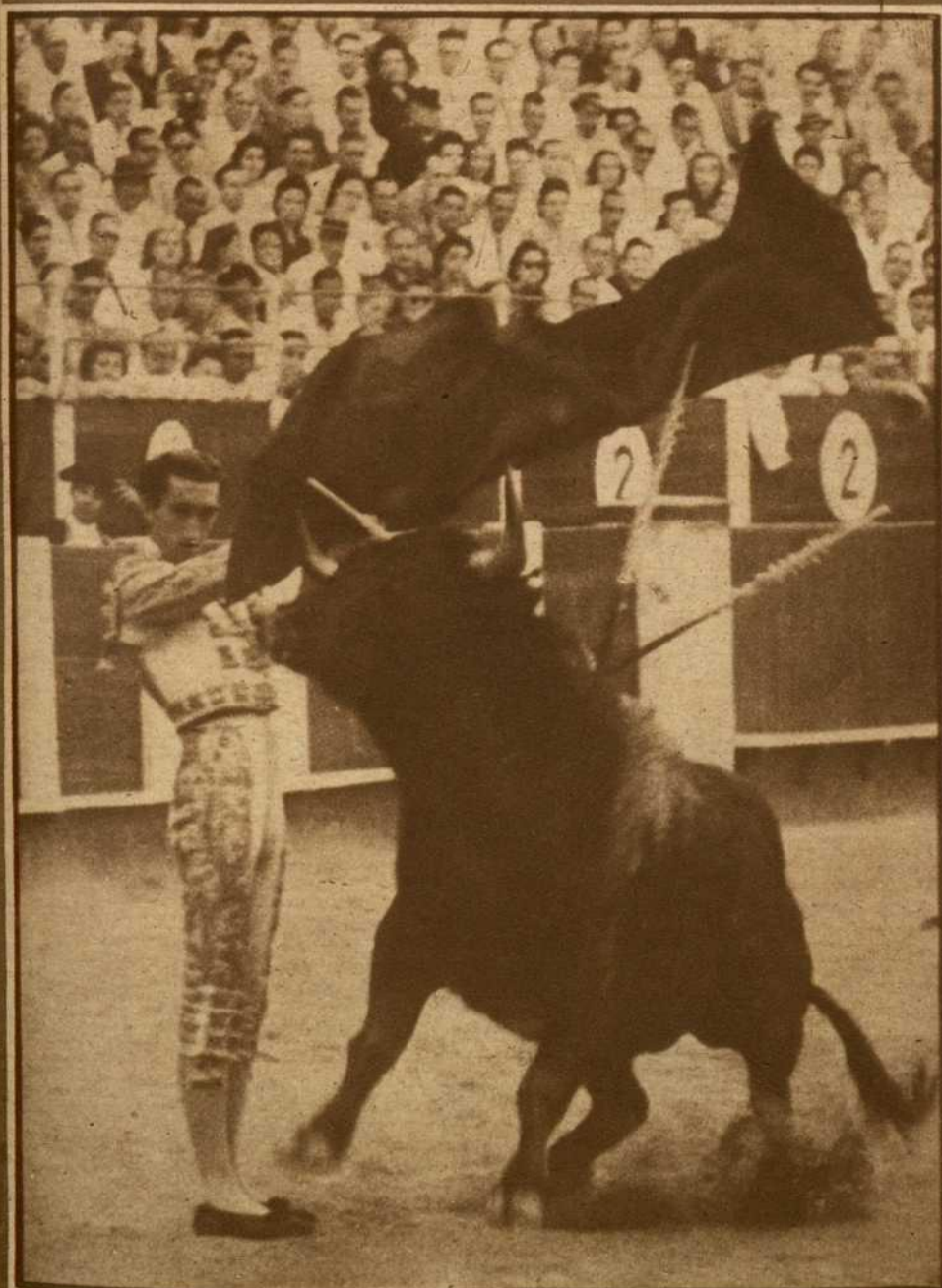
El haber llegado hasta donde es posible—y aquí enlazo con el último «Pregon»—a unas conclusiones sobre lo que es, lo que tiene que ser, el toreo de ahora, no quiere decir que sólo un diestro pueda realizarlo, aunque él sea su creador, ni mucho menos que no pueda variarse, incluso mejorándolo, lo que sólo al parecer puede haber llegado a la perfección.

Conforme con que todos quieran ver, conocer, aquello que la fama consagró, e incluso con que no se cansen de verlo, pero sin prescindir de lo demás, del mismo modo que el buen «gourmet» no se reduce a comer los mismos platos por selectos que sean, porque sabe que en la variedad está el gusto y en ella se encuentra el mejor estimulante del apetito, mientras que la constante repetición de una cosa trae la hartura y el hastío al fin.

Los aficionados, sin embargo, parecen tan sólo dispuestos a presenciar una y otra vez la misma corrida, mientras a las restantes sólo van los que lo hacen porque es feria o porque con algo tienen que distraer la tarde festiva, y es claro que las Empresas, atentas a sus intereses, sólo encuentran dos modos de organizar carteles, pongamos menús para volver al simil culinario: con los mismos platos selectos, que le garantizan la clientela, o con bazofia, que le garantiza la ganancia por su economía.

Y así, por ejemplo, en los carteles de la semana que empieza, semejante a la que se acabó y muy parecida a la que viene, pueden verse los nombres de Manolete cinco veces, de Ortega cuatro y del Estudiante tres, mientras muchos diestros se han apolillado sin envejecer y otros se están apolillando por culpa de un desorientada afición, que acabará con el estómago estragado.

Claro que los aficionados madrileños, a los que la Empresa sólo nos sirve bazofia, acabaremos peor, muchísimo peor.



PRIMERA DE FERIA EN MALAGA

Manolete en un ayudado por alto al toro del que cortó la oreja  
(Foto Molina.)

# La corrida del domingo en MADRID



La Cal en la faena de muleta



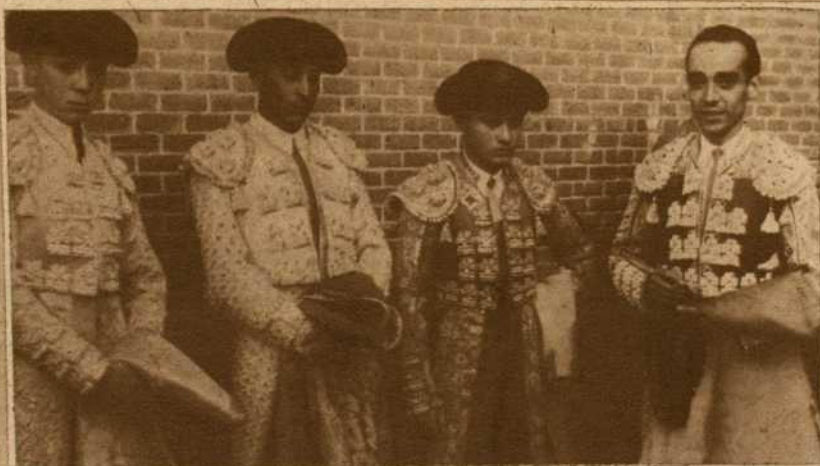
Fuentes en un ayudado por alto



Minuto toreando con la izquierda



José Romero después de su cogida



Los cuatro mofadores, momentos antes de hacer el paseíllo

## DESPUES DE LA CORRIDA Hablan los toreros



Joselito de la Cal antes de salir al ruedo

Nos acoge el chamberlero Joselito de la Cal con su característica simpatía:

—No fui muy afortunado con el lote que me correspondió. Para el torero moderno, el elemento fundamental es la existencia de casta en su enemigo. El primero fué un manso quedado y propenso a la escapada, por lo que el intento de faena hubo de quedar en eso precisamente: en intento. Con el segundo ocurrió un hecho un tanto extraño; tuvo docilidad, pero también anduvo desprovisto de la bravura que en él creyó verle cierto sector del "respetable". Yo mismo, en principio, abundé en idéntico criterio. De aquí mi insistencia por torearle de capa y en coger los palos. Quise torearle por naturales con la izquierda y experimenté dos coladas, por el defecto, a mi entender, de gazapear más de la cuenta. Para evitar que lo de las coladas se repitiera decidí abreviar, convencido de que el rendimiento a sacar de este animal era algo más ilusorio de lo que el aficionado impresionable entendería. En cuanto al estoque de descabellar,

no niego que lo manejara más de la cuenta, por desentrenamiento.

Fuentes y Minuto aparecieron mohinos y cariacontecidos. En vano quisimos hacerles hablar. Ante el mutismo del mayor, Minuto, más abierto y avispadillo, inició el capítulo de las lamentaciones para referirse a la escasa fuerza de los dos bichos a su cargo. Pero el bueno de don José Riera, a quien estos chicos, a excepción de la vida, le deben todo lo demás, cortó, enérgico, las disculpas para decir:

—Tres años llevo a vuestro lado, y sólo éxitos os he visto cosechar. En la mayoría de las Plazas donde toreadeis hubo que sacaros dos y tres veces para corresponder al interés despertado. Fuimos a Sevilla, donde no son propicios a echar de primeras las campanas a vuelo, y el triunfo fué vuestro. Os he visto lidiar con decoro cuanto ganado difícil os han echado; ejemplo, la corrida de Palba, en Barcelona. En cambio, pisáis el ruedo de Madrid y no podéis despegar de vuestro ánimo el prejuicio o el nervosismo que amana sólo con hacer el paseíllo. Y esto en vosotros, que estáis toreando toda la temporada, sin una pausa, es más que suficiente para tenerme perplejo y descontento.

Ante la catilinaria de don José bajaron Ramón y Miguel las cabezas, sin atreverse a replicar palabra.

José Romero regresó a su domicilio con una paliza de regular cuantía. No quisimos molestarle, y, en su defecto, atrapamos a su apoderado don Emilio Fernández.

Nos dijo este señor que Romero había abandonado la Plaza preocupado menos por las lesiones recibidas que por no haber conseguido el éxito que ambicionaba.

No obstante, no le abandona la esperanza de conseguirlo.

Tiene seis corridas pendientes; pero es de temer pérdida alguna por el percance sufrido. Posiblemente vuelva el de la Mancha a la Plaza de las Ventas en el mes próximo.



Fuentes y Minuto charlan antes de la corrida



José Romero en el callejón cruzándose el capote

## Ocho novillos de MORENO SANTAMARIA para JOSE DE LA CAL, FUENTES, MINUTO y JOSE ROMERO



J. de la Cal Fuentes

### Juicio crítico

UN NOVILLO, OTRO, OTRO... HASTA OCHO

Estamos en el cenit de la temporada canicular. Hay la esperanza de que el calor irá para abajo y que los festejos taurinos de Madrid irán hacia arriba de ahora en adelante. Por lo menos, hay la seguridad de que más abajo ya no pueden ir. La fecha es fatal, y dado el rumbo de la Empresa, pues la totalidad se duplica.

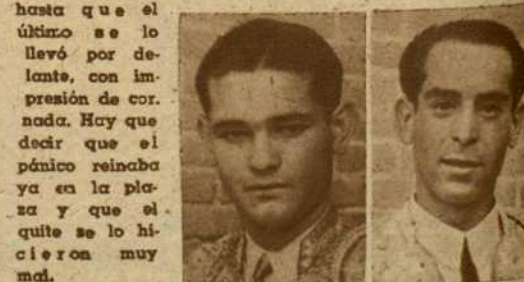
El domingo se alinearon cuatro diestros y abundantes subalternos para hacer el pase. Hicieron todos lo que pudieron, y pronto se les vió el límite. Así pasamos dos horas y media, en la desesperanza de que pudiera surgir nada más que el modesto oficio de torear, lidiar y matar toros con vulgaridad absoluta. Ni aplausos ni silbidos. Un novillo, otro, otro... y así hasta el octavo. Se le capoteaba, le caían las varas y palos. El espada toreaba con la muleta sin más barrera que la de su sabiduría y arte, medianos, por cierto, y a matar mejor o peor. Todo sin relieve, desvaído, y era mejor, porque la pretensión se veía barrada por la necesidad.

Sallieron toros a dos paños, o sea, a dos ganaderías. Lotes de poco estilo, mansotes, asones y sin dificultad mayor, tomaron capas y muletas con bastante inocencia, que descubría posibilidades de mejor juicio en su despacho. El segundo lote, de Escudero, mejoró algo la pelea en varas, pero dejó la tacha del octavo ejemplar, chorreao en verdugo, ojo de perdiz, que quebró la capa y el aire ganadero de la tarde. Manso, y manso peligroso, corneador y cobarde, sufrió fuego y metió en la enfermería al debutante. Casi todos, además, puestos en tipo.

Los toreros, pues verán ustedes: La archiveranía de José de la Cal, en pleno declive de años, poco tuvo que hacer sino despachar. Fuentes y Minuto, o sean, Arasa y Martín, confirmaron en plena normalidad el juicio de su presentación. Oficio nada más y defensivo por parte de ambos, rota apenas por Fuentes, y más por Minuto, ratiguero, algo más alegre en algún lance y en los pares de banderillas, a los que su pequeña estatura da relieve. Creo que por ahora, y quizá para su historia taurina, no tienen sitio sino como pareja juvenil en ferias chicas. De sevillería sería y con esperanzas, poco. Pero aun son jóvenes.

El debutante, José Romero, de tan buen nombre taurino, estuvo valiente al muletear el cuarto y decoroso en conjunto, hasta que el último se lo llevó por delante, con impresión de cor. nada. Hay que decir que el pánico reinaba ya en la plaza y que el quite se lo hicieron muy mal.

El debutante, José Romero, de tan buen nombre taurino, estuvo valiente al muletear el cuarto y decoroso en conjunto, hasta que el último se lo llevó por delante, con impresión de cor. nada. Hay que decir que el pánico reinaba ya en la plaza y que el quite se lo hicieron muy mal.



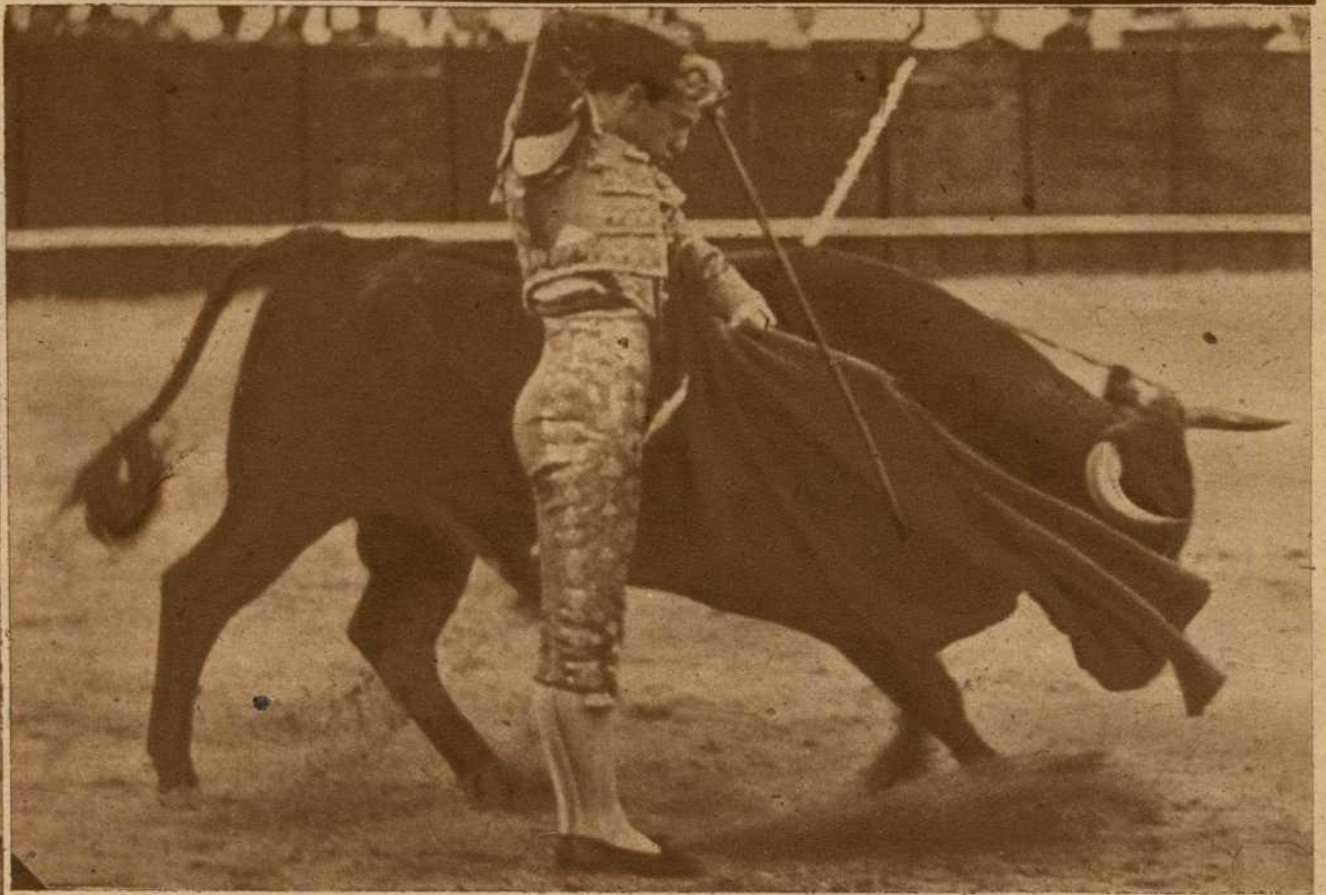
EL CACHETERO Minuto J. Romero

# LA CORRIDA DE MANZANARES

## Seis de Albaserrada para EL ESTUDIANTE, MANOLETE y PEPE LUIS VAZQUEZ



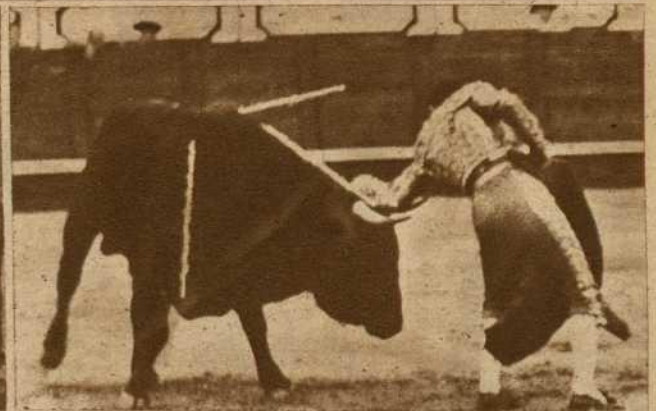
El Estudiante en un desplante durante la faena al toro en que cortó la oreja



Pepe Luis Vázquez en el pase del jikiriki, faena de muleta que culminó con el corte de oreja, gran ovación y vuelta al ruedo



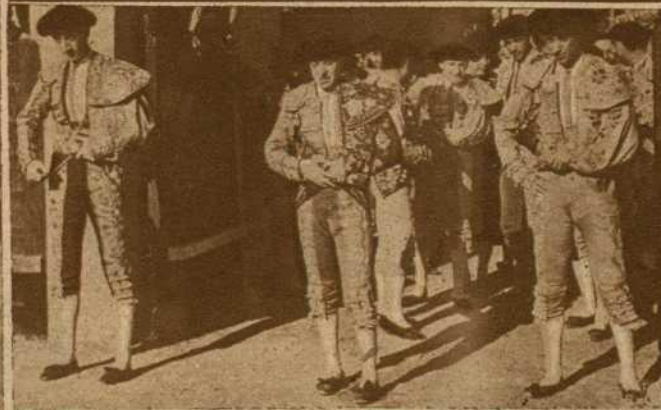
Un adorno torero de Manolete



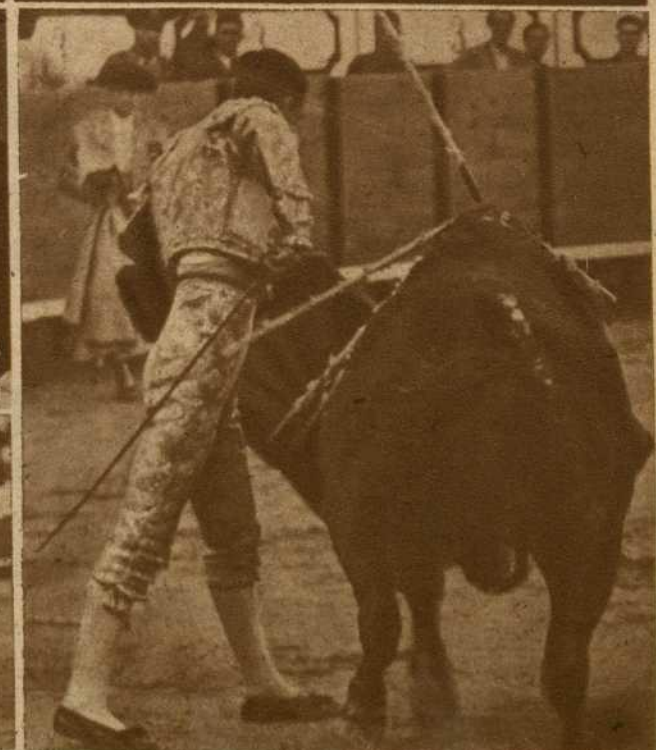
Pepe Luis adornándose en su faena



Manolete en un natural en la gran faena que fué premiada con la oreja



El Estudiante, Manolete y Pepe Luis, preparados para salir al ruedo. El Estudiante "echa un trago"



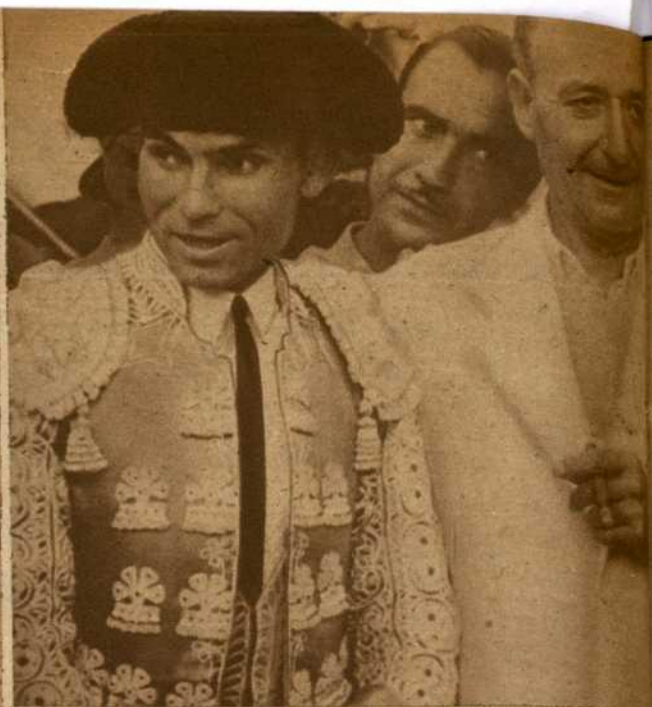
Manolete muleteando por naturales durante su faena de Manzanares. (Fotos Baldomero.)



Domingo Ortega, al llegar a la Plaza, saluda a Chicuelo y le da el pésame por la muerte de su hijo



Domingo Ortega en el segundo toro de la segunda corrida, del que cortó la oreja por su formidable faena



Domingo Ortega con Paco Madrid, el famoso ex matador de toros malagueño



Manolete, entre barreras, en un descanso en la segunda corrida

# LAS CORRIDAS DE MALAGA

## CHICUELO, ORTEGA, EL ESTUDIANTE Y MANOLETE



El Estudiante toreado de frente por detrás a su primer toro en la primera corrida.—Abajo: Manolete toreado de capa a su primer toro



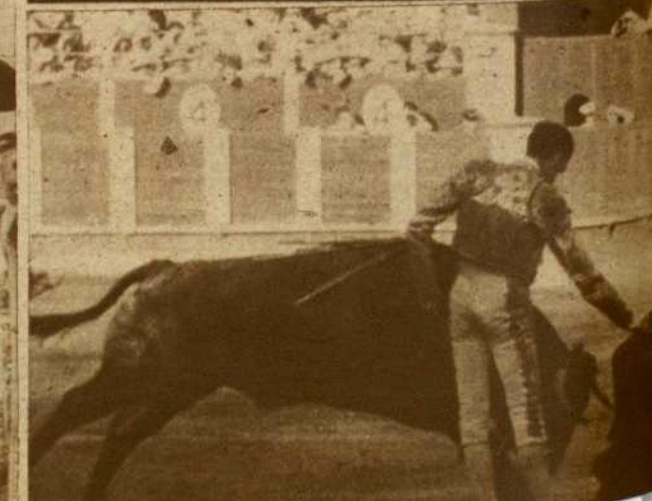
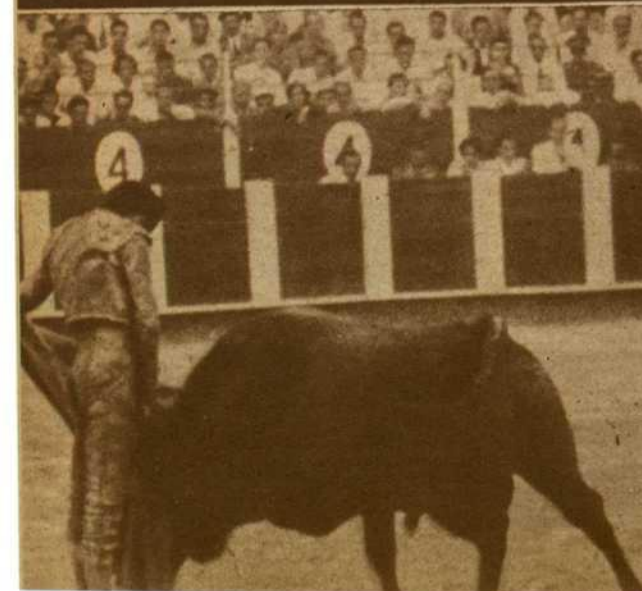
Chicuelo, Ortega y Manolete, los matadores de la segunda corrida.—Abajo: Ortega, El Estudiante y Manolete, los diestros de la primera



Chicuelo lanceando de capa a su primer toro en la primera corrida



Manolete en una verónica en la segunda de feria.—Abajo: El cordobés muleteando con la derecha





# El Ruedo



ANTONIO CASERO

## SEGUNDA DE FERIA DE SANTANDER

### MANOLETE y BELMONTE cortan orejas



Manolete

**SANTANDER 13 (Mencheta).**— Reses de villa, conde de Garci Grande para Belmonte, Manolete y Morenito de Valencia. Primero. En total, tres varas y tres pares.

Belmonte realiza una faena superlativa, que inicia con cuatro ayudados. Sigue con la izquierda por naturales, y luego cambia de mano para dar vueltas por alto y bajo, muy suaves, así como varios en redondo, aguantando mucho, y un farol precioso. (Ovación.) Continúa con manolitas superiores, que remata con otro adorno, y sigue la ovación y suena la música. Después de otros molinetes, entra superiormente y atiza media estocada en todo lo alto, que corona con el descabello a pulso. (Grandes ovaciones, las dos orejas y vuelta al ruedo.)

Segundo. Cuatro varas. Tres pares. Manolete empieza con ayudados estatuarios y tres naturales preciosos. (Ovación.) Con la derecha administra varios en redondo y molinetes, siempre muy quieto. Más naturales y suena la música. Prosigue su faena con mano, latinas superiores y, en un instante de serenidad, coge los pitones del toro y le rasca el testuz, de rodillas. (Ovación.) Un pinchazo superior. (Ovación.) Otro y una estocada hasta el puño. (Ovación.) Oreja, vuelta al ruedo y salida al tercio.)

Tercero. Mat picado. Tres pares. Morenito torea valiente y por bajo para seguir por alto y con otros pases de pecho con la derecha y de rodillas, y da un molinete seguido de un farol. (Palmas.) Una estocada atravesada. Remata el puntillero. (Palmas y saludos desde el tercio.)



Belmonte

Cuarto. Cuatro varas. Belmonte se enfrenta con un toro reservado al que torea sobre la derecha, procurando la igualdad. Media estocada y descabello a pulso. (Pitos.)

Quinto. Manolete hace un quite muy bonito, y Morenito, capote a la espalda, otro que se aplaude como el anterior. Tres varas y tres pares. Manolete torea con la derecha, por bajo y luego por alto, con ayudados de buena marca. Media superior y descabello al segundo golpe. (Palmas y pitos.)

Sexto. Morenito lancea por verónicas. (Palmas.) Tres varas. El toro mansurronea, por lo que el diestro se limita a hacerle doblar con pases por bajo. Sigue con la derecha, sujetando al bicho y cobra media estocada y descabello al segundo.

El peso en carne de los toros lidiados en la corrida de hoy es el siguiente: 271, 278, 287, 275, 266 y 259 kilos, respectivamente.

## Los hermanos BIENVENIDA, en Algeciras

### PEPE triunfó en sus dos toros



P. Bienvenida

**ALGECIRAS 13 (Mencheta).** Reses de Villamarta para Pepe, Antonio y Angel Luis Bienvenida.

Primero. — Pepe lancea con serenidad. (Palmas.) Cuatro varas. Pepe clava tres pares, uno desde el estribo, escuchando una ovación. Inicia la faena en el estribo; sigue con otros de pecho, de rodillas y se adorna cogiendo los pitones. Una estocada entera que mata. (Dos orejas, vuelta y saludos.)

Segundo. — Antonio lo recoge con una buena serie de verónicas. Tres varas y tres pares. Hace una faena valiente y torera a base de naturales y en redondo. Cuatro pinchazos y descabello al cuarto intento. (Silencio. Pitos al toro en el arrastre.)

Tercero. — Angel Luis lo sujeta con el capote. Dos puyas y dos pares y medio. La faena de Angel

Luis es a base de pases de pecho y otros de varias marcas con la derecha. Cuatro pinchazos y una estocada caída.

Cuarto. — Pepe se vuelca en unos lances muy apretados. (Ovación.) Dos varas. Los hermanos clavan, por orden, tres formidables pares de banderillas, sobre todo el de Angel Luis, a la media vuelta. Pepe brinda al público y empieza con varios pases de pecho y naturales; luego, con la izquierda, da otra serie de pases en redondo que se ovacionan. Como en su primero, se adorna con rodillazos y tocadura de pitones y mata de una estocada entera. (Ovación, las dos orejas y vuelta al ruedo.)

Quinto. — Antonio le para los pies con varios capotazos. Dos varas y un par de banderillas. La faena de Antonio, por estar el bicho congestionado, es de afiño. Mata de una pinchazo hondo.

Sexto. — De mucho nervio. Angel Luis se hace aplaudir con el capote. Dos varas y dos pares. Con la muleta, Bienvenida liga varios naturales con el de pecho; luego se adorna con molinetes y faroles y mata de dos pinchazos y media estocada.

Los toros, por orden de salida, pesaron: 231,500, 240, 254,500, 214,500, 254,500 y 239,500.

Durante la lidia del tercer toro fué asistido el picador José Díaz de la fractura epifixis del radio derecho. Pronóstico menos grave.

## Orejas para CHONI y PEPIN

### MARTIN VAZQUEZ en Málaga

**MÁLAGA 13 (Mencheta).** — Reses de donia Julia Cosío de Belmonte para el Choni, Pepin Martín Vázquez y Aguado de Castro.

Primero. Tres varas que dan lugar a un buen tercio de quite. Dos pares y medio de banderillas.

El Choni inicia la faena por bajo. Sigue con pases de pecho y en redondo. Liga después tres naturales con el de pecho y sigue valiente, entre aplausos.

Media estocada, que basta. (Ovación y vuelta.) Segundo. Pepin hace la estatua con el capote, y se le aplaude. Una vara y los pares reglamentarios. Pepin hace una faena dominadora y mata de una estocada corta. (Mucha palmada.)

Tercero. Aguado de Castro lancea en dos tiempos, y se le aplaude. Tres varas y dos pares y medio. Aguado de Castro empieza con pases por alto y después con la izquierda por naturales y de pecho. Estocada algo tendida y descabello. (Palmas.)

Se hace una colecta entre el público y en la que participan también los toreros, a beneficio de la viuda del picador "El Chófer".

Cuarto. Choni, al lancear, es imponente sin consecuencias. Dos varas y tres pares. Choni hace una faena que inicia con pases por alto, para seguir después con la derecha con otros en redondo. Al dar un natural es imponente de aparatosamente, pero se levanta y sigue con valor dando pases de todas las marcas, con adornos. Una estocada corta. (Ovación, las dos orejas y vuelta.)

Quinto. Sigue la ovación al Choni. Pepin lancea con los pies



Choni



P. M. Vázquez

juntos. (Aplausos.) Tres varas y tres pares. Martín Vázquez, solo en el centro de la plaza, hace una faena con tres series de naturales y en redondo que se ovacionan. Sigue otros, adornándose con molinetes, manolitas y tocaduras de pitón. Una buena estocada y descabello. (Ovación, las dos orejas y vuelta.)

Sexto. Sólo cuando aun se ovaciona a Martín Vázquez. Aguado se luce con el capote, hace una faena de afiño, rematándola con dos pinchazos, media y descabello. Los novillos pesaron, por orden de lidia, 216, 210, 212, 195, 205 y 202 kilos.

## Gran éxito de PACO LARA, RAFAEL M. VÁZQUEZ

### y ANTONIO M. CARO en Sanlúcar de Barrameda



Paco Luna

**SANLUCAR DE BARRAMEDA 13 (Mencheta).** — Novillos de Juan Belmonte para Paco Lara Rafael Martín Vázquez y Antonio Martín Caro.

Primero. — Paco Lara es aplaudido con la capa. Tres varas y dos pares. Lara hace una faena muy valiente por naturales, molinetes y manolitas, adornándose por rodillazos. Una estocada. (Ovación, dos orejas y vuelta.)

Segundo. — Martín Vázquez, que es

aplaudido en una serie de verónicas, hace una faena superior, en la que da pases de todas las marcas, entre aplausos, y mata de media estocada en su sitio. (Ovación, dos orejas y vuelta.)

Tercero. — Martín Caro se ciñe en verónicas. El tercio de quites es muy animado. La faena de muleta es muy valiente y torera, y como al matar lo hace con brevedad, se le conceden también las dos orejas.

Cuarto. — Paco Lara se hace aplaudir al hacer un quite por una caída al descubierto. La faena, por ser el toro bronco, es de afiño, para tres pinchazos y el descabello.

Quinto. — Rafael pone cuatro pares de banderillas, que se aplauden, y hace una faena muy voluntariosa y valiente; media estocada y descabello.

Sexto. — Antonio Martín Caro escucha palmas por su labor con la capa; hace una faena movida y mata de media estocada y el descabello. (Palmas.)

Los novillos pesaron: 192, 199, 191, 189, 217 y 191 kilos, respectivamente.



R. M. Vázquez

## Festival benéfico en Palma de Mallorca

**PALMA DE MALLORCA 13 (Mencheta).** — Se celebró un festival taurino a beneficio de los Hogares de Ex Combatientes.

Seis novillos de Zaballos, para Juan Belmonte, Rafael El Gallo, Sánchez Mejías, Pedro Domecq, José Martín y Gil Tovar.

Primero. — Belmonte es ovacionado en tres rejonos y tres pares de banderillas. Pasa tierra, da tres naturales magníficos ligados al de pecho, molinetes, ayudados, entre ovaciones. Entró tres veces a matar, logrando una estocada superior y el descabello. (Ovación y orejas.)

Segundo. — Rafael el Gallo, con la muleta, dió las clásicas «espantás», y

con el pincho no tuvo suerte. (Protostas.)

Tercero. — Sánchez Mejías hace faena a base de combiados, molinetes y alaroladas. Tres pinchazos, y acertó al tercer intento. (Ovación.)

Cuarto. — Domecq se luce en quites. Pone un par de poder a poder y otro al cuarteo, superiores. Hace una faena a base de estatuarios y adornos. Mata de una estocada. (Ovación, oreja y vuelta.)

Quinto. — Pepe Martín hace una faena eficaz. Media contraria. (Ovación, oreja y vuelta.)

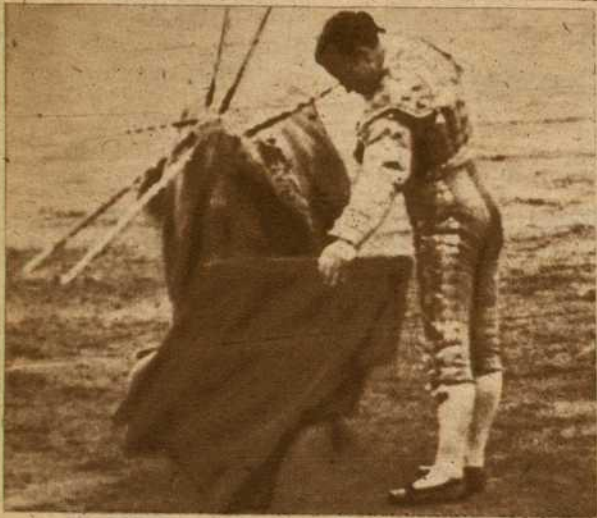
Sexto. — Gil Tovar da pases de todas marcas, adornadísimo. Media en las agujas. (Ovación y orejas.)

Para publicidad en El Ruedo  
**CARRETAS, 10**

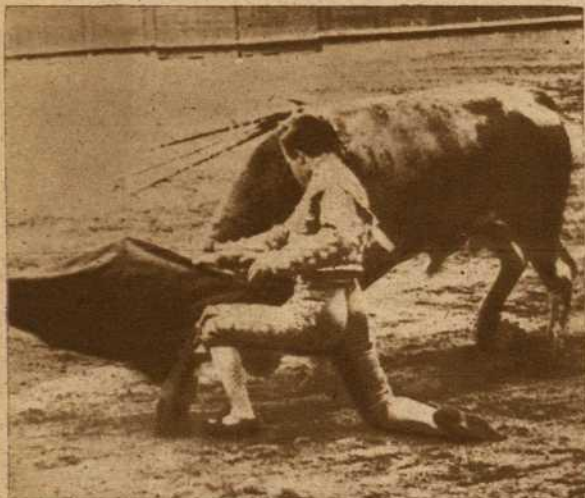
## Veterinarios y ganadero multados en Barcelona

**BARCELONA 13 (Mencheta).** — Atendiendo a las defraudadas condiciones del ganado que se lidió en la Plaza Monumental el día del mismo a menor Bienvenida. Arruza, el gobernador civil ha impuesto una multa de 500 pesetas a cada uno de los veterinarios encargados de examinar las condiciones de las reses. Asimismo ha impuesto una sanción de cinco mil pesetas a la ganadería a la que pertenecían los toros y otros de igual cuantía el empresario de la corrida.

# CARTEL DE BARCELONA



Pepe Luis Vázquez en un buen pase natural



Un pase de rodillas de Pepe Luis Vázquez



El diestro de San Bernardo en un ayudado por alto



Otro pase natural de Pepe Luis



El torero mejicano, Carlos Arruza, que obtuvo un nuevo triunfo en la corrida del domingo en Barcelona, colocando un gran par de banderillas a su primer toro

## RESEÑA

BARCELONA 13 (De nuestro corresponsal Subirán).—Llamo total en la Montaña, prueba de que el cartel de Arruza, pese a lo del ganado del pasado miércoles, sigue en alza y arrastra a la afición. Calor rotundante y ganas de ver toros.

Primero.—Andariego, jabonero, bien criado. Tres varas y otros tantos magníficos quites, el de Pep. Luis por verónicas, Arruza por gasones y Escudero templando a la verónica. (Ovaciones y entusiasmo loco.) La cosa no puede empezar mejor.

Pepe Luis comienza muy bien con la muleta. Tras de brindar al público, pases pin-turenos, con toda la gracia del adreño torero a villano. Desiste de seguir en el mismo plan, pese a la bondad del toro, y lo despacha con un pinchazo hondo y dos descabellos (Palmas.)

Segundo.—Callejero, mulato listón, también de buena presentación. Toma voluntarioso tres varas y da lugar a otros tantos quites de oro de ley que son jaleados. Arruza, de frente por detrás; Escudero, por chiquetinas, y Pep. Luis, con garbosas verónicas.

Mal picado, toma los palitroques Arruza y clava uno al sesgo imponente y dos al hilo de las tablas, haciéndolo todo él solo, en todo lo alto. (Ovación inenarrable.)

Brinda el mejicano al público, y se encuentra con un toro nervioso, nada fácil. Tras los pases de tanteo, dos naturales con la derecha imponentes, de los que sale apurado. Alifia, y en la primera igualada, una entera bien puesta de efectos fulminantes. (Ovación y salida a los medios.)

Tercero.—Cambrero mulato, bien puesto. Sale barbeando las tablas y salta la barrera; fijado, hace faena de huido. Toma una vara, y la Pr. sidencia, a propuesta de la propuesta general, saca el pafueto colorado, y casi a continuación, el verde. El bicho vuelve a los corrales.

En su lugar sale el sexto, o sea el último de la tarde, que lleva por nombre: Puntillero y es barrero. Mogón del plúm de cho, renqueando escandalosamente de la pata izquierda. Como la bronca es general, se ordena su retirada.

Se agotan todos los recursos para hacerlo volver a los corrales, y al cabo de veinte minutos, Escudero, muleta en mano, lo despacha con dos pinchazos sin soltar y una entera. (Palmas.)

Quinto bis.—Brujeto, negro zaino, de Nátera, con el pitón izquierdo, astillado. Salta la valla y da un susto mayúsculo a un parásito del callejón.

Dos varas en las que le pegan fuerte, y un quite pinturo de Pepe Luis. Se cambia el toro, para dar lugar a dos panes y medio de palitroques.

Escudero hace una faena variante, de cerca y adornada, con un achuchón casi mortal, al intentar el de pecho. Media magnífica en todo lo alto, que basta. Muchos aplausos.



Arruza en un excelente pase por alto con la derecha al jabonero lidiado en quinto lugar

Cuarto. Punterito, negro, bragado, más chico y más arido; sale arrastrando la pata izquierda, y se la retira, e inválido. En su lugar aparece Director, de Villamaría, de curridillo y tirando a chico. Tres varas recargando y ojaja, sin que nadie intente torrear. Tres panes, dos buenos de Jonquillo.

Pepe Luis se encuentra con un toro agotado que se cae al más leve muletazo. En vista de ello y de que si tirara apuraria, lo despacha con dos pinchazos, echándose fuera y sin soltar, descabellando al primer empujón.

Quinto. Comaduro, berrendo en jabonero, grande, bonito de tipo. Dos varas, en las que le pegan fuerte.

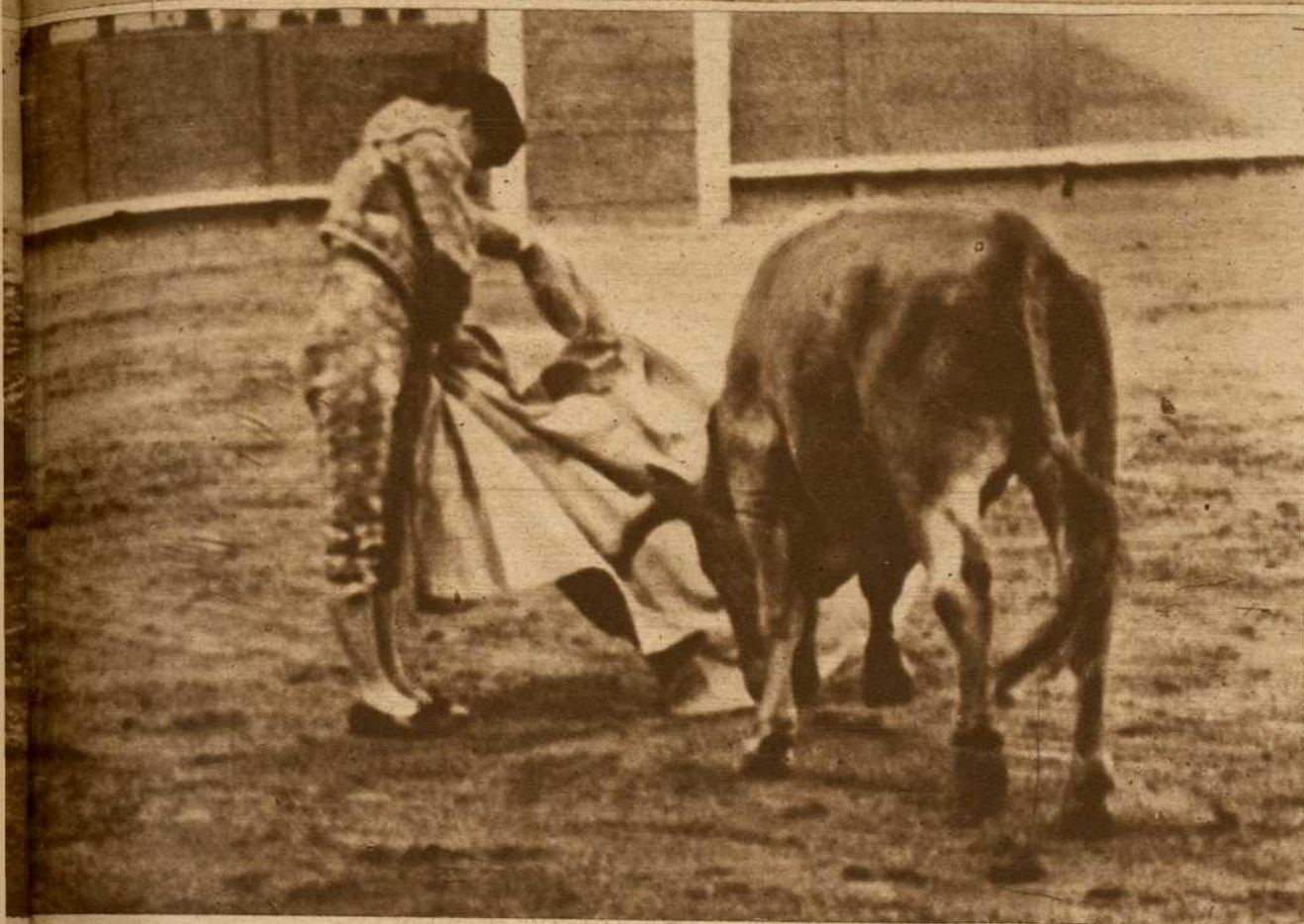
Se cambia el toro, y Arruza coge los panes a pedradas del público. Un par imponente al cuarto, y otro en el quinto, poniéndolo todo a matador (Ovación.), y cierra un pan con el tercero.

Arruza se encuentra con un toro que gasea y sin que pero se empeña en sacarle faena, y lo logra con tres horrores. Pases en redondo y naturales magníficos, de alto; suena la música, y se adorna, y en la primera igualada, un estocón en todo lo alto que hace indagar a puntilla. (Ovación, oreja, vuelta, recogida de flores, cigarros y salida final a los medios.)

Sexto. Brujeto, grande, negro zaino, con una anchura de Nátera. Dos puyazos recargando con poder, y se cambia por lo blando del toro y el castigo recibido.

Tres panes, y Escudero, sin mandar, hace faena de alto, recibiendo varios achuchones y finalmente lo despacha con una entera, levemente desprendida, que lo deja puro puntillero. (Pitos.)

# Cinco de doña María Sánchez y uno de Villamarta para PEPE LUIS VAZQUEZ, ARRUZA Y MANOLO ESCUDERO



Una buena verónica de Pepe Luis Vázquez en el primer toro de la corrida del domingo en Barcelona, en la que alternó con el mejicano Arruza y con Manolo Escudero

## JUICIO CRITICO

Seguimos bajo el signo nefasto de Tauro. Hoy nos habían enchiquerado toros, esto en lo relativo a buena presentación; pero no dieron juego total y se malograron dos, uno al ponerle la divisa en chiqueros, el otro fué retirado después de tomar un puyazo.

Después, los matadores tampoco se esforzaron gran cosa, excepción hecha de Arruza, que es la voluntad personificada.

Pepe Luis pudo hacer mucho más con su primero, noblote hasta la exageración, ya que no bravucón; lo despachó decorosamente, pero era el toro ideal para armar el alboroto. En su segundo, con la obsesión de tomar el tren a tiempo, se limitó a enviarlo al desolladero con prontitud. Pepe Luis en Barcelona también

va a la baja, declina vertiginosamente y le queda muy poco cartel.

Escudero tampoco esforzó e lo más mínimo; bien es verdad que no tuvo dos toros propicios para destapar las finas esencias de su toreo privilegiado, pero bien pudo lucirse un poco más. Queda en el mismo lugar donde estaba y a la expectativa de que le salga un toro que le pueda devolver el gran cartel que tuvo en la afición catalana.

Arruza continúa en el candelero. El fué quien obró el milagro de llenar la Plaza después del nada edificante escándalo del pasado miércoles. Y a fe que no defraudó a su legión de admiradores, pues al primero, muy difícil, por ser un manojito de nervios, lo toreó y mató muy bien, con ovación y salida a los medios, que otro menos escrupuloso hubiera convertido en vuelta al ruedo. Armó el escándalo en su segundo; dió la vuelta, salió a los medios y se llevó la oreja y todo al tabaco que había en la Monumental.

Continúa, pues, el mejicano en plan de revelación; pero es una verdadera lástima que se le prodigue tanto, por obra y gracia de las circunstancias y la combinación de carteles de ferias.

A la salida se anunciaba ya una extraordinaria para el próximo martes: la alterativa del peruano Alejandro Montani, con Gitanillo de Triana y Arruza, que lidiarán seis de Ortega.

El mejicano y el peruano van a determinar otro lleno total en la Monumental, máxime después del último triunfo en la misma del hermano de Curro Puya.



Manolo Escudero lanceando de frente por detrás



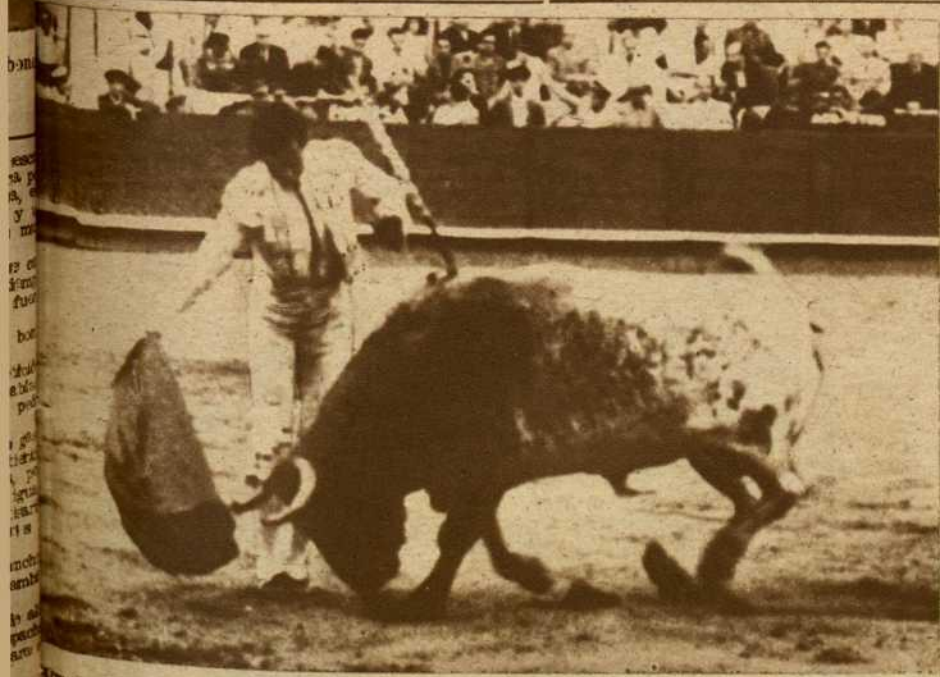
Un derechazo templado y suave de Escudero



Al dar Escudero un pase por bajo, el toro hincó un pitón en tierra



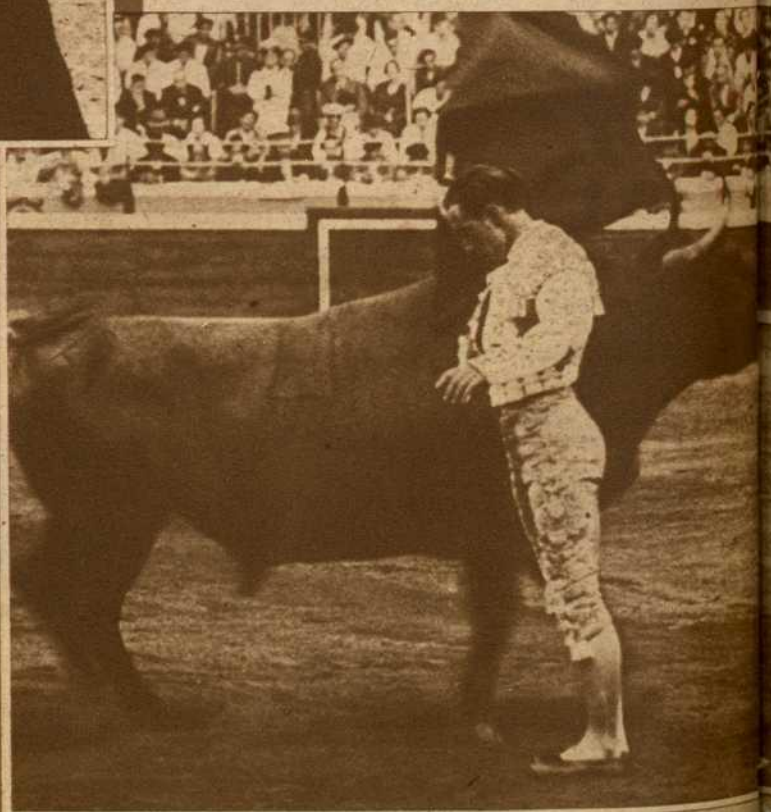
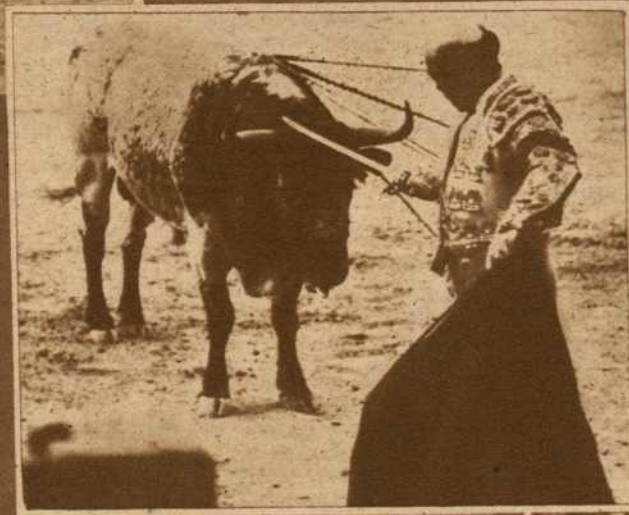
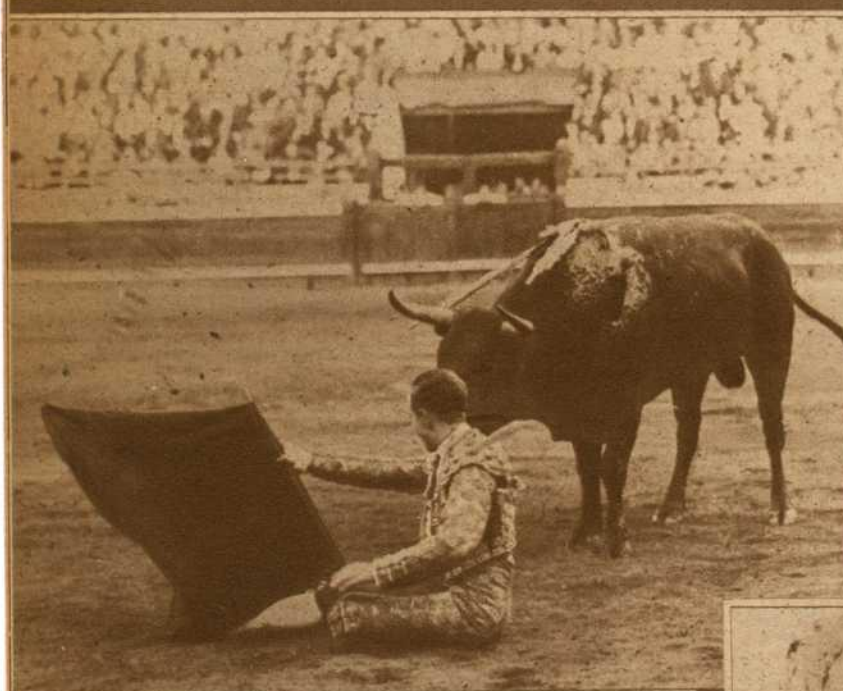
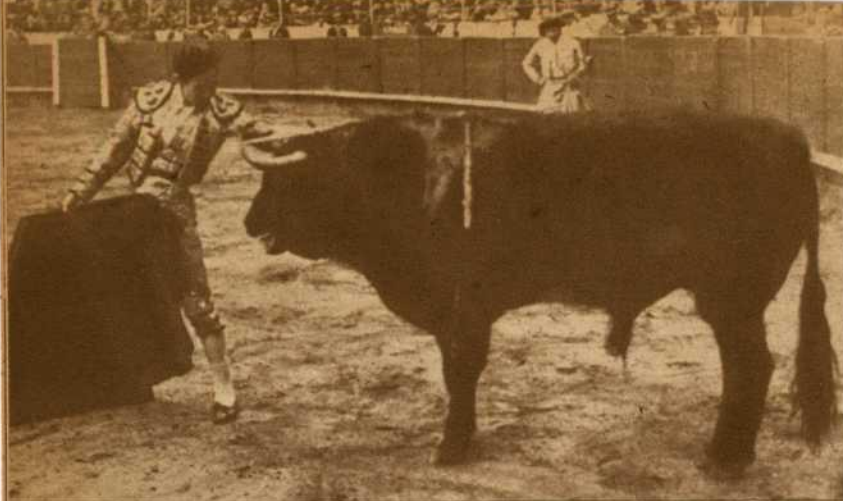
Otro buen mulatazo con la derecha de Manolo Escudero



Arruza, con los pies juntos y corriendo bien la mano, torea de muleta a su segundo enemigo, del que cortó la oreja

# LOS ADORNOS EN LA LIDIA

Por JOSE CARLOS DE LUNA



Y por si éstas fueran apreciaciones tendenciosas, ahí quedan las muestras gráficas en páginas de este semanario de nuestras entretelas: véalas y desmientálas.

Habilidad, si lo es la tal novelaría, comparable hasta cierto punto con la del que escribe a máquina sin mirar el teclado: En la oficina le exigirán ortografía, rapidez y seguridad; luego, véndese los ojos o póngase gafas, que es cosa que no interesa sino a los niños y a los grullas.

Rafael el Gallo improvisaba los adornos a los que por su particularísimo salero daban calidades de verdadero arte; y ni por las mientes pasó a Vicente Pastor emular las alharacas de Gallito. Rafael, menudo y cañí, podía presentar sus faenas con un aliño inadecuado a las valientes y sosonas del Chico de la Blusa, castellano y grandón.

La imitación servil mata a la personalidad. Dios otorgó a Juan Belmonte las quintaesencias de un arte de maravilla y un maxilar inferior deforme, índice de un desmadejamiento angustioso. Recordad que durante estos últimos veinte años todos los diestros que afrontaban el molinete o la media verónica sacaron su mentón y fingieron descoyuntada mandanga, creyendo, quizá de buena fe, que la emoción que Juan transmitía radicaba en sus deformidades físicas.

Ahora comienza a ponerse en moda la cara de pez distraído, porque un as la tiene de sargo, sin que se den cuenta que el intrínquis está en sus aplomos de elefante que, pisando un terreno inconcebible, se le ocurrió—probablemente porque le molestó el polvo—apartar la vista de lo que ya no tenía posible corrección porque no quedaba una sola pulgada para la enmienda de lo que se lleva embobido en el enguño y en lindes casi de la catalepsia.

El rodillazo es muchas veces alivio; y el desplante también encubre en ocasiones teatral remedio de rehuir la ligazón de una faena, cuando el toro, quedado con exceso, necesita aquello de pisarle un terreno inconcebible para tirar de su desgano.

En una palabra. Al toro con los cinco sentidos, y cuando venga muy a pelo la gracia de un adorno si tiene gracia el que lo luzca; y apartad de las faenas justas, ligadas y conscientes todas esas pamplinas y sacamientos de quicio que nada prueban..., como no sea el disimulado intento de soslayar una obligación con la infantil cuquería de buscar en el pecado el consuelo de las palmas tontas. No es limpio el juego ni recomendable el truco.

**Q**UEREIS que los adornos en la lidia sean como las joyas en una mujer guapa y bien vestida?

Aceptada la comparación, que no creemos descabellada, apurémosla.

Cuando las mujeres se vestían de fiesta, disponíamos de frases hechas para juzgarlas en su atuendo. Decíamos: ¡Qué elegante! ¡Qué recargada! ¡Qué cursi! ¡Parece una cacatúa! ¡Es un sueño! ¡Qué distinción!...

Con lógica indiscutible pueden aplicarse a las faenas toreras estas apreciaciones; y se aplican en revistas y comentarios, aunque determinadas por distinta emotividad.

Cuando una mujer elegante cuida los últimos detalles de su tocado, el menester de las joyas es la piedra de toque de su señorío y buen gusto. Con el joyerito de par en par ante los ojos, escoge y desecha estudiando minuciosamente calidades y cuantía. La rica nueva, la advenediza, no se preocupa sino del relumbrón: Oyó decir que la alondra va a lo que brilla, y cree de buena fe que todos son alondras, menos los buhos, buitres y aguilillas triperas de su familia. La viejona reteñida y empelucada, escupiendo carmín y llorando rimel, se volcaba encima el joyero creyendo encontrar en el relumbror de los pedruzcos el remozamiento de su pilonga humanidad.

Así los matadores, cuando dan la cara al torete con la natural inquietud y la lógica preocupación de cortar orejas extrañas sin detrimento de las propias.

Particularmente nos encantaría un índice de matadores de toros con el esquemático resumen de sus adornos preferidos y depurados camelos. Pero ni la ocurrencia es discreta, ni nosotros—enemigos de recamos y floripondios—estamos exentos de prejuicios y parcialidades para ponerla en práctica.

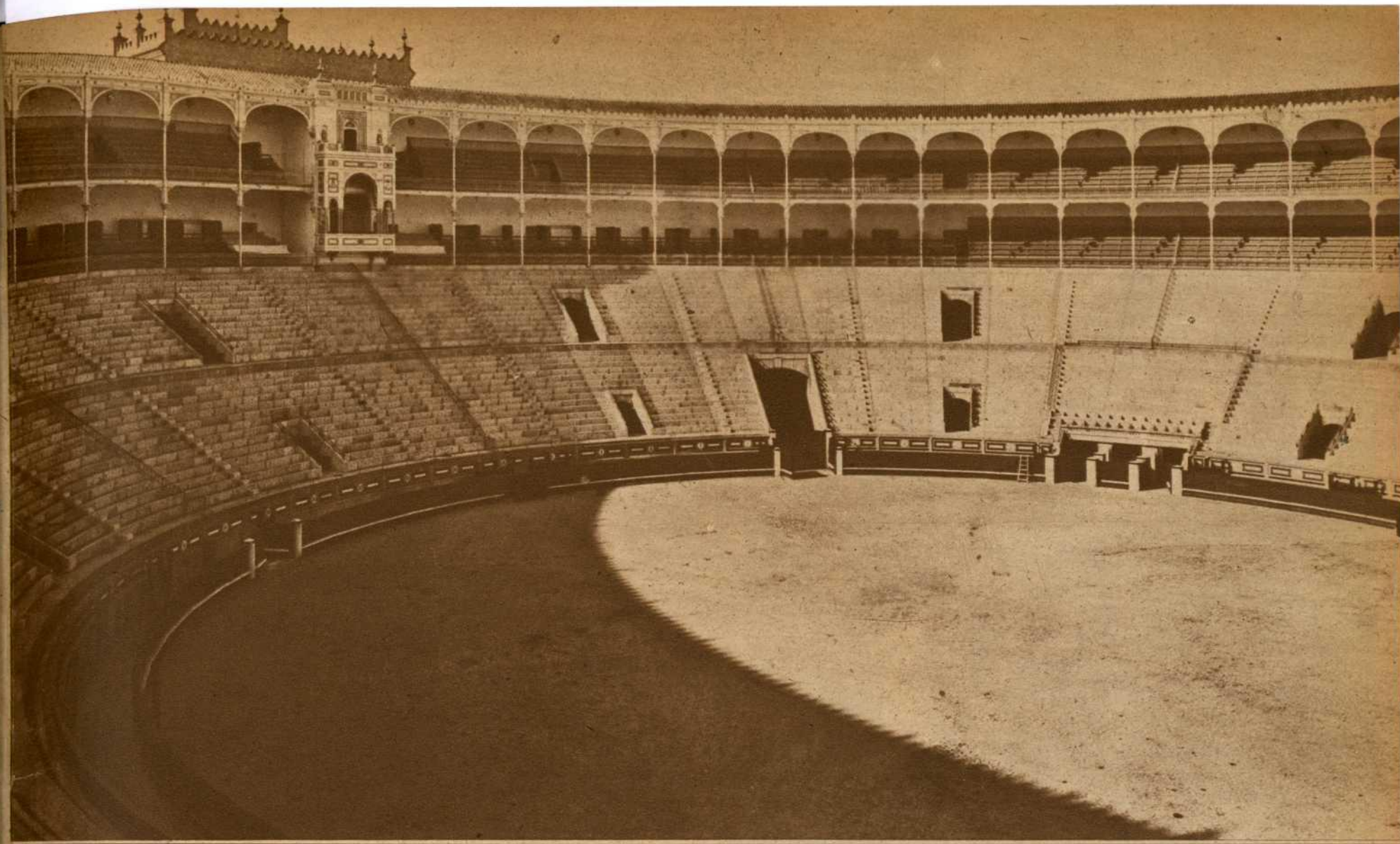
Antaño no fueron los adornos sino repuntes de hombría: ¿Que Quinto colocó la montera en el testuz a la salida de un quite? Al siguiente, Reverte le limpió el morro con su pañuelo. Y si el Guerra, rabioso de despecho, se hincó de rodillas y se cruzó de brazos a medio metro de los pitones de un toraco colmenareño; el Espartero se tendió boca arriba bajo el hocico; y Frascuelo, en Granada, porque pisó la muleta y cayó ante la cara de un bicharraco que le comía el terreno, sin levantarse echó las piernas a lo alto y lo citó, librándole providencialmente de una muerte cierta el sabio capote de uno de los Regatero... ¡Qué barbaridad! Y el presidente tuvo que imponer su autoridad absoluta prohibiendo aquellas... ¡majaderías! y amenazando con multas y cárcel.

—¿Y los públicos?

Pues con la presidencia. A los toros se iba a ver torear, y todos desaprobaban aquellas majezas despiertas por el amor propio desatado en absurdas y suicidas competencias.

Brutalidades con la trágica grandeza de jugarse en ellas la vida; pero repudiadas por innecesarias y hasta inoportunas, hubo crítico que las estimó cobijo de incapacidades, artimañas para desviar la atención del público de los rectos cauces por los que debe discurrir el arte del profesional.

Figuraos—comparando—la crítica que merecen los adornos de hoy... ¡Aquel de llegar con las yemas de los dedos a la punta de un cuerno, con el gesto y la precaución del que caza un grillo!... ¿Y eso nuevo de torear sin mirar al toro? Bueno... ¿Torear?... Despegar los ojos de la res ya encarrilada en el viaje tras el engaño, o en el ligado de dos pases diáfanos y seguros. Si el mérito y la gracia está en ellos, ¿para qué dar al público la faz, en la que el disimulado recelo pinta inexpresivas angustias de pez a media asfíxia?



El día que el público no esté en la Plaza de Toros será que haya tenido que asistir, "formando parte del duelo", al entierro de la gallina de los huevos de oro... ¡Ay, lector, qué cerca estamos de eso!..

# DE SUPRESION EN SUPRESION

Por DON INDALECIO

**D**URANTE la pasada e inolvidable guerra española, los que vivieron —malvivieron— en zona roja pudieron averiguar cómo eran superfluas muchas cosas que parecían imprescindibles en el transcurso de la vida normal. Es más: al carecer de ciertos alimentos, parte de la humanidad doliente se encontró curada de viejas dolencias que aquellos "ciertos alimentos" les exacerbaban, y contra los cuales los enfermos no se encontraban con la suficiente fuerza de voluntad para suprimirlos.

Si comenzamos a analizar, lo mismo puede ocurrirnos en la fiesta de toro. Un buen día, los picadores suprimieron la castañeta, sin previo aviso y sin que pidieran parecer a los "viejos aficionados", quienes hubieran puesto las manos en el fuego para asegurar que tal prenda les era muy conveniente a los varilargueros, con el fin de parar los golpes en sus aparatosas calzas. Más tarde, un escritor rompió, no una lanza, sino un rejón, puesto que se trataba de favorecer a los rejoneadores, y en contra de los piqueros, como autores responsables de una suerte inculca, sangrienta y más fea que Picio. "¿Se suprimen los picadores?", preguntaron algunos. "Por nosotros, que se supriman", contestaron otros. Sin que faltase quien añadiera con convencimiento: "¡Para lo que tienen que picar!"

Conforme, pues, los autores en esta materia, la imaginación no descansa, y saltan nuevos escritores a la palestra, con nuevo tema a discutir: las banderillas. Según un polifacético literato, una de cuyas facetas nos lo presenta como excelente aficionado, de los que no hay muchos, la suerte de banderillas "es una suerte bella e inútil". Y como los tiempos no están precisamente para sostener inutilidades, necesario será suprimir las banderillas, y, como consecuencia, los banderilleros. Con lo que menudo favor haríamos a los matadores de excepción que tienen que llevar tres con un sueldo de mil doscientas cincuenta pesetas por montera. ¡Suprimidas las banderillas! ¡Suprimidas!

En otra ocasión, en la primera en la que saltó al ruedo un torito de esos de mírame y no me toques, si antes los primeros tercios se componían de cuatro varas en adelante, con complacencia del público bonachón, los presidentes, a los que en tiempos de toreros patilludos, de picadores hercúleos y de aficionados de pelo en pecho, se les llamaba "burros" en una corrida sí y en otra también, demostraron su perspicacia y su conmiseración hacia el torito feble, agitando el pañuelo blanco para pasar al tercio de

banderillas con sólo una o dos varas, evitando así la muerte anticipada del pequeño enemigo. ¿Recordáis eso que acabo de decir de que a los presidentes se les llamaba "burros" en tiempos en que la fiesta era bárbara? Pues el presidente que, en ocasión feliz en que un becerro dió de hocicos en la arena al salir de un puyazo, cambió precipitadamente el tercio, no escuchó ningún malsonante epíteto, sino al contrario, unas palmas comprensivas sonaron en premio a la inteligencia demostrada y en prueba de que la antaño dura "afición" evolucionaba. Más aún: el presidente aquél se había quedado corto. Las palmas de los inteligentes se transformaron en ovación unánime y calurosa la tarde en que a un compañero suyo se le ocurrió salvar el mal paso de la lidia de un becerro criado con hiberón, aligerando el primer tercio con dos varas y dejando reducido el segundo a un par en el toro y medio en el suelo. Desde que Colón (don Cristóbal) había puesto un huevo de pie fuera de la huevera, ningún descubrimiento humano había causado mayor regocijo.

¿Qué ocurrirá de aquí en adelante? Tememos por los bellizcos que se le puedan seguir tirando a nuestra favorita fiesta. Cualquiera día un escritor cesudo nos querrá demostrar que los toros no es necesario que tengan cuernos. Aunque esto ya casi lo están poniendo en práctica algunos ganaderos, con satisfactoria aquiescencia por parte de los toreros que hasta hace poco se llamaron caros, y a los que ahora no tengan ustedes inconveniente en apollarlos como "carísimos", sin necesidad de hablar en italiano. Estos ganaderos nigromantes, con gorro puntiagudo y túnica estrellada, se metieron en un laboratorio, consultaron con los espíritus de todo sus antepasados que se habían llamado Sánchez— ¡menudo tumulto se armó al no faltar ninguno a la cita!—, quemaron unas hierbas que los becerros habían despreciado en cierta fecha en la que estaban desganados por haber merendado fuera de casa, y de los sortilegios y de la humareda nació como resultado un modelo de toro que no tenía cuernos, porque cuernos no podía llamarse a aquellas ridículas protuberancias que quedaban algo más atrás de la testuz.

—¿Estáis conformes ya?—preguntaron los ganaderos "al dictado" a los primates de la torería.

—Según y conforme—contestaron los aludidos.

—¿Cómo? ¿Todavía os parecen peligrosas estas protuberancias que hemos inventado en vez de cuernos? ¿Queréis que sigamos estudiando hasta ver si conseguimos que las tales les nazcan en sitio equivalente a donde los autos modernos llevan el gasógeno?

—No; no queremos eso. Queremos que para el día maldito en que los cálculos vuestros sean despreciados por el bravo semental y la agraciada vaca, y el producto nazca con cuernos de verdad, de los que dan disgustos y rasgan las taleguillas, vosotros tengáis en vuestros encerraderos no un salón de manicura ni de pedicura, pero sí un gabinete de "cornicura", donde podáis dejar los toros a nuestro gusto.

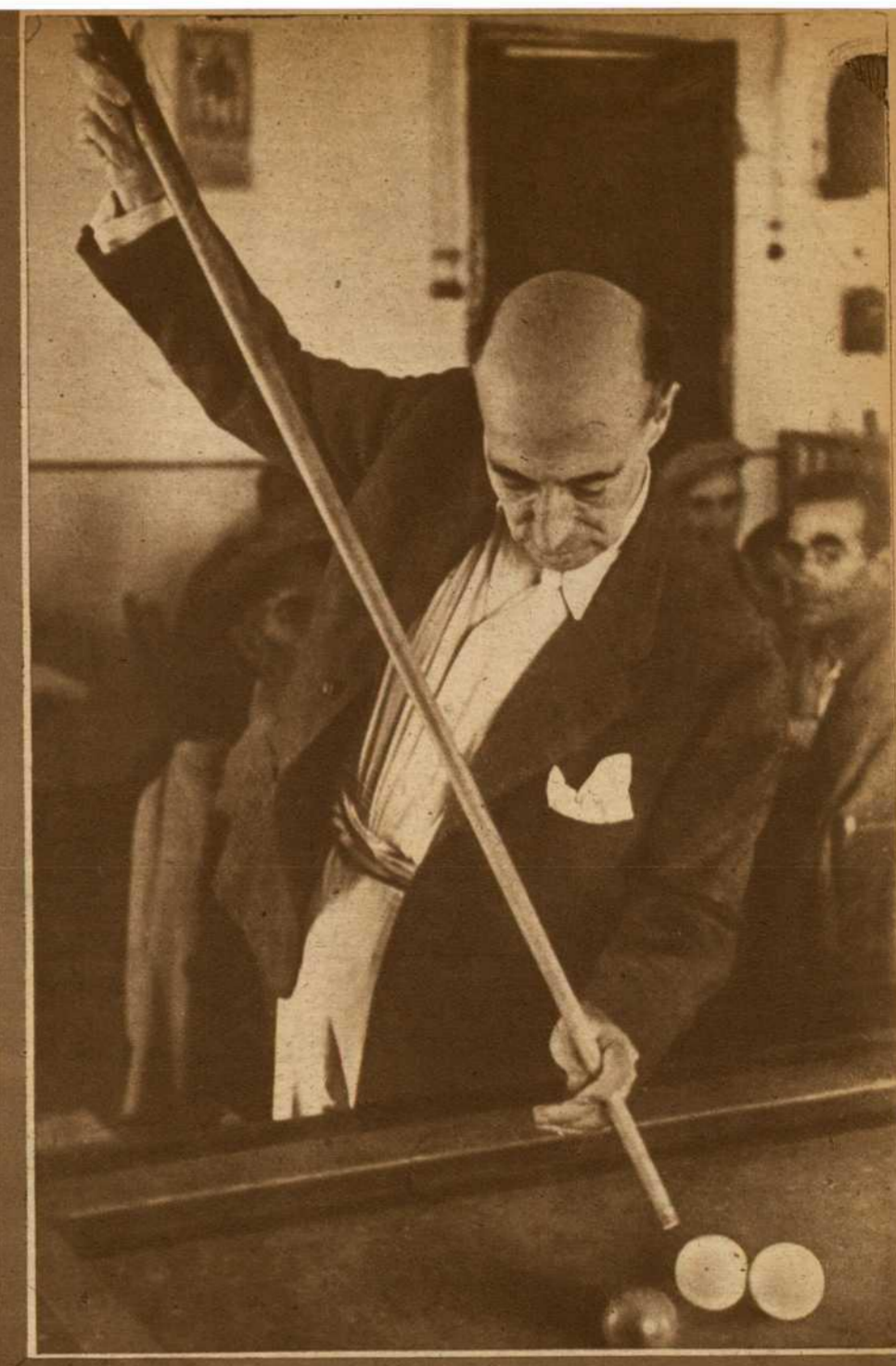
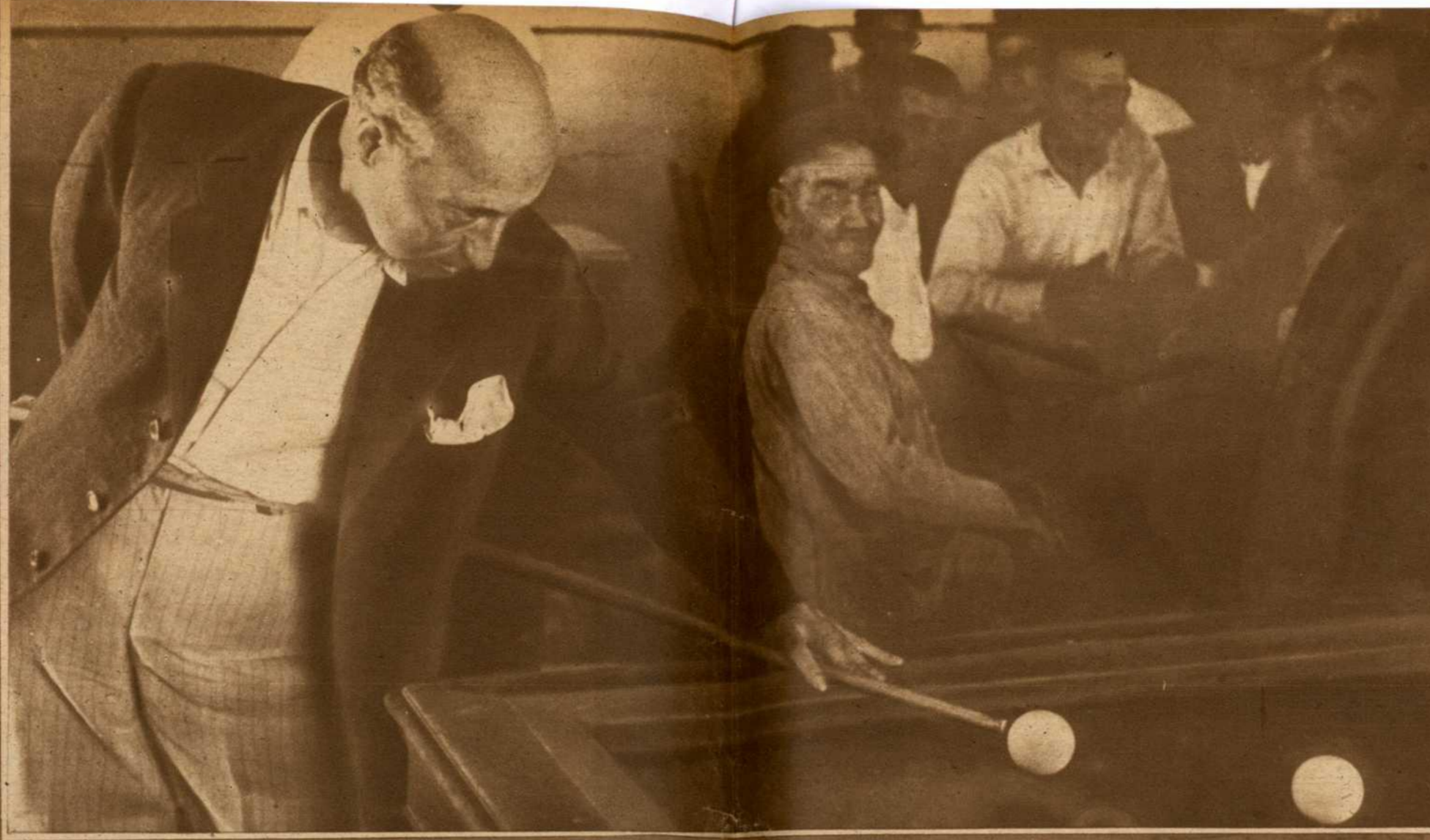
Y los ganaderos, complacientes, contaron a coro: "¡Conformes!". Con lo que en ciertas ganaderías y en sus encerraderos quedaron inaugurados los "gabinetes de belleza".

Supresión de los picadores, supresión de los banderilleros, supresión de los cuernos, supresión de la "vergüenza torera"... ¡Ay, lector, aficionado, qué cerca estamos de la supresión del público!

Pero no te alarmes demasiado. El día en que el público no esté en la Plaza de Toros será porque ha tenido que asistir a algún acontecimiento más importante.

Estará "formando parte del duelo" en el entierro de la gallina que ponía los huevos de oro.





## Los cuarenta y cinco años de vida torera de Rafael el Gallo La alternativa en Sevilla y la confirmación en Madrid



X

**Q**UEDAMOS en que la primera vez que Rafael se vistió el traje de luces fué en Valencia, cuando nuestro diestro aun no había cumplido los quince años, y que antes de llegar a los diecisiete se presentó en Madrid. Como novillero tuvo actuaciones casi siempre lucidas en las más importantes plazas. Es decir, que fué eso que se llama un novillero puntero, a quien tenían siempre presente las Empresas. Pero ya en esta época empezó El Gallo a dar algunas muestras de las genialidades desconcertantes que constituyen la especial personalidad de este torero; ya entonces pasó a la historia una de las hazañas al revés de Rafael, y si no mienten las crónicas—que no mienten, ¡ay!—fué de novillero cuando por primera vez le echaron un toro al corral. No es que El Gallo diera en esta ocasión una de sus clásicas espantás, ni que hiciera una faena desafortunada, con el escándalo como consecuencia. Ni hubo «espantás» ni hubo faena. Nada. Y es lo chocante que El Gallo—todavía Gallito en esa época—llevaba una serie de festejos en los que le había sonreído el éxito. Como dicen los enterados, estaba muy puestos aquella temporada; en su primer toro había quedado bien y el público que llenaba la

plazá esperaba que en su segundo armara el alboroto. Todo ocurrió a la inversa, ya que por designio fatal de Rafael Gómez, los que armaron el alboroto fueron los espectadores. Muy poco había hecho El Gallo a la hora de los quites. En cuanto a las banderillas, se las dejó a los subalternos para que pudieran lucirse. El se retiró a la barrera y mientras la gente dejaba sus esperanzas para el momento en que cogiera la muleta, el matador, con la mano en la frente y el codo en la madera, parecía reflexionar. Y llegó la hora de la verdad. Cogió El Gallo muleta y estoque y con ese su paso torero inalterable se fué a brindar, ¡a quién dirán ustedes!, a la primera autoridad militar de la región: al capitán general. La expectación subió de punto y todo el mundo se las prometía muy felices porque un brindis de categoría siempre es presagio de buena faena. Pero... ¡sí, sí!

El Gallo avanzó hacia la fiara, que para más detalles era de Concha y Sierra y sin nada anormal, por lo menos a primera vista, que dificultará la lidia. Avanzó y a los pocos pasos se detuvo. Miró al toro atentamente. El toro se quedó fijo también en él. Estuvieron unos segundos así y después El Gallo dió media vuelta y se fué hacia el mozo de espadas. Este, al verlo venir, le había preparado ya otra muleta, creyendo interpretar su pensamiento. Calculen ustedes la sorpresa de él y de los toreros que andaban por allí cuando le oyeron decir estas palabras definitivas:

—A ese toro no lo mato yo.

Y como Rafael, eso sí, es hombre serio cuando dice una cosa, se salió con la suya. Inútilmente le porfiaban, viendo la catástrofe que se veía encima. Ni ruegos, ni súplicas, ni conminaciones, ni amenazas. Le preguntaron el porqué y no dijo más que esto:

—Porque no. Ni una sílaba más. Nada de explicaciones. La determinación era en firme. Y a la cárcel fué el novillero puntero. Misterios del alma gitana de Rafael que nadie ha podido explicar nunca de una manera satisfactoria. Allí, en la cárcel, firmó varias corridas que fueron a ofrecerle empresarios de distintas plazas. ¡No es grande!

Pero no hablemos hoy con Rafael de estas cosas. Está contento porque esta misma tarde, en sus sesenta y dos años, ha puesto banderillas en silla y ha cortado la oreja del novillote que le ha tocado en el festival. No le demos ocasión a que nos diga:

—No me recuerde usted cosas tristes, amigo.

Su época de novillero fué brillante, y aprovechando una racha de tardes triunfales se decidió a tomar la alternativa.

—¿Qué plaza fué la elegida para este acontecimiento?

—La de Sevilla. ¿A qué más aspira un novillero que a tomar la alternativa en Sevilla o en Madrid? En Sevilla fué, el 28 de septiembre de 1902, en la primera corrida de la feria de San Miguel, con toros de Otaolauruchi.

—¿Caramba, eso sí que no me lo esperaba yo!

—Sí que es un poco largo el nombre, ¡verdad! Como que al verlo escrito en los carteles daba la sensación de que habían pintado un mercadería. Los revisteros y la gente, cuando citaban a esta ganadería, decían sólo toros de Otaola para ahorrar tiempo y no llegar tarde adonde tuvieran que ir.

Como ven ustedes, El Gallo se doctoró a una edad poco corriente entonces, pero había empezado a lidiar tan joven que se le consideraba ya a punto, con la suficiente experiencia y sabiduría para el ascenso. Y a no dudar que no le faltaban ambas cosas, además de su arte, que para muchos «gallistas» ha sido incomparable. Su pa-

lino fué Emilio Torres, Bombita, y completó la terna el hermano de éste, Ricardo (Bombita II).

—¿Qué tal se portaron esos toros de Otaolauruchi?

—No se portaron mal los de «Jota la gachis».

—¿Dice usted?

—Es que así era como los llamaba El Guerra. Fueron reses nobles y bravas en todos los tercios, aunque para las exigencias de la época tuvieran poco poder y codicia. ¡Poco poder! ¡Bueno! ¡Si los soltarán ahora!

—¿Y en el otro?

—Me confió más con la muleta y estuve mejor. Le metí media que resultó un poco atravesada y luego una en lo alto y me volvieron a aplaudir mucho. En el quinto también me sonaron las palmas porque lo pareamos Bombita II y yo con mucho lucimiento. Por cierto que Ricardo, en su primer toro, después de una buena preparación, le dió la estocada estrechándose tanto que salió embrocado, con el chaleco y la talaguilla rotos. Se fué para dentro, pero volvió a salir, a pesar de que tenía un varetazo colosal. Había pundonor y afición.

Este año de su alternativa toró sesenta corridas. Lo malo fué que en las últimas prodigó demasiado esas cosas. No estuvo bien en el final de la temporada y...

—Al año siguiente sólo me salieron dos...

—Sí que es un bajón.

—Ahora, que en esas dos estuve fenómeno. Tan fenómeno que a

la otra toré sesenta y cuatro. En todas las carreras taurinas la estadística se produce sin brusquedades excesivas. Un torero baja o sube, de un modo normal o casi normal, con arreglo a sus actuaciones. Pero subir o bajar como ha subido y ha bajado Rafael, no hay más que uno. Excepcional en todo.

Año 1902: sesenta corridas.  
Año 1903: dos corridas.  
Año 1904: setenta y cuatro.

—¿No fué este año de 1904 cuando confirmó usted el doctorado en Madrid?

—Y que no tenía yo ganas! Sí, señor. Ese año fué y con toros del duque.

—¿De qué duque?

—De qué duque iba a ser! Cuando se decía del duque, todo el mundo sabía que eran de Vergara.

—Bueno, bueno, no se ponga usted así. Ya hemos quedado en que yo, en asuntos taurinos, soy un incipiente.

Se admite la atenuante.

—Sigamos, pues. Veamos el cartel.

—Mano a mano, Lagartijo y yo.

—¿Cómo Lagartijo? Esa sí que no cuela.

—Es que era el obrino, Lagartijillo. Lo vijos aficionados estaban un poco en guardia. Eran dos nombres que pesaban mucho. Se acordaban del tío de mi compañero, de Rafael Motina, y de mi padre. Y en nosotros también pesaba mucho la cosa. Nos dábamos cuenta de la responsabilidad que contraíamos al usar unos nombres que fueron famosos en los ruedos. Había que quedar bien.

—¿Y... qué tal?

—Se salió adelante. No digamos que fué un triunfo extraordinario, pero se cumplió. El toro de mi confirmación se llamaba Barbero, y este Barbero me afeitó los alambres de tanto como me cefi con la capa en los primeros lances, que terminé con una larga afarolada, fuerte modernista entonces.

—¿Toró bravo?

—Toró, Negro meano, bonito de lámina, no muy grande, aunque hoy parecería una catedral, y bien puesto de cabeza. Toro. Cinco por cuatro.

—Veinte. ¿Qué quiere decir esta multiplicación?

—Tomó cinco varas por cuatro caídas. Llevaba yo un terno morado y oro. Me fui al toro, que estaba bueno y noble, y le hice una faena cortada y breve. Las palmas hacían humo. Le cuadro y me arranco. No hubo suerte y señalé un buen pinchazo en lo alto. Le di otro. Luego una corta. No caía el pájaro. Aun pinché dos o tres veces más, hasta que acabé de una estocada desprendidilla.

—Así y todo aun escuché muchas palmas, ¡si lo oigo a la primera!

Para la conquista del público era igual. Lo había ganado en la carta de la muleta, en la gracia anterior de la capa. Madrid había faldado y la desgracia en el pincho no era causa modificativa de la sentencia: había torero y torero grande.

El prestigio del nombre se había salvado. Rafael podía llamarse El Gallo, como aquél, su padre, el señor Fernando, a quien los aficionados madrileños habían visto y aplaudido tantas veces.

(Fotos. Luis Arenas) RAFAEL MARTINEZ GANDIA





Una vista de los tendidos de sombra durante la corrida del domingo en San Sebastián, a la que asistió un numeroso público, que llenó por completo las localidades de la Plaza.

## PRIMERA DE ABONO EN SAN SEBASTIAN SEIS de Galache para DOMINGO ORTEGA, EL ESTUDIANTE y ANDALUZ ALVARO DOMECAQ rejoneó un toro



Alvaro Domecaq brindando la faena del toro que rejoneó. El Estudiante rematando un quite. Una buena verónica del Andalu. Ortega en un pase ayudado por bajo. Alvaro Domecaq colocando un rejón en todo lo alto. (Fotos Marín.)



## LA SEMANA GRANDE

### Ortega y El Estudiante cortan orejas

SAN SEBASTIAN 13 (De nuestro corresponsal). — Espléndido y maravilloso tiempo. Una magnífica entrada. Y una animación, gracias a las corridas de toros, que supera a todo lo imaginable.

Hoy domingo se ha celebrado la primera de abono, actuando el rejoneador Domecaq y los matadores Ortega, El Estudiante y El Andaluz.

Don Alvaro Domecaq se encontró con un toro quedito y sosegado. Al grande mucho y haciéndolo todo él, puso dos enormes pases de poder a poder y otro colosal encerrado en tablas. Tres rejones de muerte, y el novillero José Alcántara lo traspasó bravamente y lo mata como puede con brevedad.

Primero.—Como todos los demás, de la Viuda de Galache. El toro es bronco, y Ortega lo sujeta, con unos buenos lances. Cierto pega dos magníficos puyazos. En quites sobresa le uno bonísimo del Andaluz.

Ortega empieza la faena con la izquierda, haciéndose a fuerza de valor y de dominio, con el toro. A un estupefacto por el pecho siguen unos formidables redondos. (Música.) Afarolados, de pecho, orticinas, cambio de mano y toda clase de adornos, en medio de una gran ovación. Entrando superiormente deja una formidable estocada que acaba con el toro. (Ovación, las dos orejas y vuelta.)

Segundo.—El mejor toro de la tarde. En el primer quite no hay más que un finísimo quite del Andaluz.

El Estudiante brinda al público y comienza con las dos rodillas en tierra. Dos desechazos muy buenos y suena la música. Sigue valentísimo, y liga tres naturales con uno de pecho, obligado, muy bueno. Dos ayudados con la izquierda, dos en redondo, molinillos, afarolados, orticinas. El toro se cae, y El Estudiante, cuando lo levantan, sigue valentísimo. Un pinchazo en el hueso entrando bien y un magnífico volapié. (Ovación, oreja y vuelta.)

Tercero.—El Andaluz lancea soso. Hace un buen quite, al que sigue otro, modelo de temple, de Ortega.

El Andaluz empieza con dos enormes parones. Dos ayudados con la izquierda. Al dar un natural magnífico es empujado por el toro y se desconfía. Una estocada de anteojo acaba con el toro. (Ovación.)

Cuarto.—Es un toro de mal estilo, manso y con peligrosas arremocadas. Ortega, desaliado con el capote. Mal banderilleado, Ortega lo torea de muleta muy valiente, haciendo todo lo posible para hacerse con el bucy. Le lleva al centro de la Plaza y logra tres naturales. Sin perder la cara hace una breve faena y mata de un pinchazo hondo. (Pitos al toro.)

Quinto.—El Estudiante se hace aplaudir con unos buenos lances. Se pica excesivamente, y para compensarlo se clavaban sólo dos pines.

Sale El Estudiante muy decidido y da cinco magníficos parones. Uno redondo, al que siguen otros buenos desechazos. (Música.) Un natural y varias orticinas. Rodillazos y otros adornos, para un metisica y una estocada tándida. Descabella. (Ovación y oreja.)

Sexto.—El toro tiene mucho sentido y se arranca peligrosamente. El Andaluz hace una faena muy valiente y eficaz pero poco lucida. Acaba con un pinchazo y una corta muy buena. (Pitos al toro.)

Peso de los toros: 218, 237, 213, 261, 251 y 261 kilos, respectivamente.

#### RESUMEN CRITICO

Ha empezado bien la Semana Grande. Se ha restablecido, con muy buen acuerdo, la costumbre de dar tres corridas seguidas, y esto ha hecho que se advierta una afluencia de aficionados que antes no se conocía.

Los toros de Galache que se han lidiado en la primera de abono donostiarra no añaden un adarme de prestigio a la ganadería. El cuarto, manso y peligroso. En general, de muy flojo estilo.

Domingo Ortega en su primer toro, ha ofrecido un curso de bien torrear. Templando y mandando. Dominador y artista, cuajó una faena que hizo entregarse al público, a pesar de que aquí es a quien más se exige.

En el manso estuvo sobriamente bien, saliendo de la Plaza después de haber dejado a los aficionados un buen sabor de boca.

El Estudiante, almacenista de las simpáticas donostiarra, ha dado su nota: valor. Toreó muy bien y muy valientemente a su primero y dió un volapié que nos hizo saborear en toda su punza esta magnífica suerte. Cortó la oreja, como la cortó en su segundo, que era de peor estilo, pero al cual toreó muy bien.

El Andaluz estuvo a punto de lograr una gran tarde. En su primero estaba valiente y confiado y había hecho cosas muy brillantes. Pero sufrió un achuchón que le hizo desconfiar, y ahí quebró el buen éxito que apuntaba. De todos modos, quedó muy decorosamente, y el público salió muy bien impresionado.

En la corrida hubo sobresaliente un gran par de Bombita IV.

MUY ERGUIDO Y MUY SEÑOR...

# Con don Emilio Torres Reina en el Círculo de Labradores

## El mayor de los BOMBITA fué el creador de una estirpe de toreros

Por FRANCISCO NARBONA



A l borde de los setenta años, Emilio Torres Reina, creador de la estirpe torera de los Bombas, conserva la arrogancia física del hombre para quien nada en la vida ha sido fácil... Cosido a cornadas, consiguió ser figura en el toreo después de

vencer múltiples dificultades. Y cuando alejado de la fiesta, su bien ganada fortuna le daba derecho a gozar de una vida cómoda y tranquila, desgracias familiares, a las que vinieron a unirse después persecuciones políticas, destruyeron sus mejores días. Por eso en su charla hay siempre un dejo de amargura y en sus ojos un íntimo dolor, que rara vez asoma... Amargura y dolor que esta tarde—en la grata penumbra de un salón del Círculo de Labradores, donde tiene don Emilio Torres su tertulia—hemos adivinado a través de nuestra conversación.

—Yo sufrí—nos ha dicho cuando hemos apuntado su contribución cruenta a la fiesta de toros—catorce cornadas... Las más graves fueron dos. Una, en la pierna izquierda, por un toro de Miura, en la Plaza de Barcelona, y otra en el pecho, en Madrid... Pero siempre volvía a los toros con más ganas.

—¿Cómo eran los principios de un torero cuando usted empezó?

—Muy difíciles... Más que ahora. Mire usted: yo empecé por acudir a las capeas de los pueblos, con la esperanza de que me dejaran acercarme a los novillos. Un día, en Gavín, el matador anunciado se hirió, y yo, que me había distinguido en la lidia, fui designado por el propio público para que matase al novillo. Así empecé yo.

—¿Qué toreros acaparaban entonces la actualidad?

—Guerrita, el Espartero... Yo alcancé, en mi niñez, la rivalidad entre Lagartijo y Frascuelo, pero no vi torear nunca al cordobés... El Espartero ha sido, a mi juicio, el torero de más emoción... Pero el más grande de todos los tiempos ha sido Rafael Guerra...

—¿Y Joselito?

—También fué una figura de gran relieve, pero no tuvo tiempo para llegar a la cúspide...

—Hubo una época en que su nombre se puso de moda como adversario de Guerrita... ¿Llegó a existir en realidad esa competencia?

—En el toreo siempre han existido rivalidades que el público se ha cuidado de mantener en beneficio de la propia afición... Y como el Guerra, cuando murió el Espartero, se quedó sin enemigo, pues a mí me tocó, porque así lo quiso la gente, hacerle frente.

—¿Guarda algún recuerdo especial de esa rivalidad?

—Sí, señor... Recuerdo una corrida de Atanasio Linares, celebrada en Antequera, donde Romero Robledo quería que prosperase una feria de primavera, en la que toreáramos los dos. Había tan escaso público—unas trescientas personas—, que hubo quien aconsejó la suspensión. Sin embargo, triunfó el criterio contrario e hicimos el paseo. La corrida se me dió muy bien, y cuando el quinto toro asomó por el toril entre los espectadores mi nombre se cotizaba a mayor altura que el del cordobés. Pero Guerrita se desquitó de lo lindo en aquel toro. Lo pasó de capa formidablemente, lo banderilleó mejor, le hizo una faena de muleta colosal y se tiró a matar según mandan los cánones, aunque con tan mala suerte que el bicho lo volteó. Y ya en el suelo, mientras el toro rodaba muerto, Guerrita, dirigiéndose a mí, me dijo: «¡A bien que me la ibas tú a ganar!»

—¿Cuándo toreó usted por vez primera en Sevilla?

—El 25 de julio de 1892: Estaba anunciado el Litri, pero sufrí una cogida y le sustituí yo, que había conseguido ya varios éxitos en diversas plazas de España y en Nimes (Francia). Era una corrida mixta, porque en la primera parte actuaban dos toreros: Quinito y Minuto. Recuerdo que los novillos que maté eran de Arribas. Un año después tomaba en esta misma Plaza la alternativa de manos del Espartero... La confirmación fué en Madrid, el 27 de julio de 1894, de manos de Guerrita.

—¿Cuál fué su mejor temporada?

—Indiscutiblemente la del año 1895. En ese año recuerdo, como una de mis mejores tardes, la corrida en que tomé la alternativa el Algabeño, de manos de Fernando Gómez (Galito).

—¿Es cierto que usted practicó, en los primeros años de su carrera, las suertes antiguas de salto y garrocha?

—Cuando yo comencé ya estaban en desuso, pero las practiqué con relativa frecuencia... Precisamente ejecutando el salto sobre el testuz] sufrí la primera cogida de mi carrera... En Sanlúcar la Mayor.

—¿Qué diferencias notables halla entre el toreo de su época y el de hoy?

—El toreo, en realidad, siempre ha sido el mismo. De una parte el bicho, de otra el diestro, que tiene que superar las dificultades que aquél ofrece. Cuando el toro era grande —aun el toro navarro, que era más pequeño, era tan difícil como el andaluz—, las dificultades eran mayores... Naturalmente, el concepto del toreo era distinto del de hoy. Entonces toda la labor del diestro se dirigía a preparar el toro para matarlo bien. No era posible ajustarse ni adornarse. Quizá el público no hubiera cotizado esos alardes. Yo recuerdo que introduje la práctica del pase ayudado, y el Guerra me decía muchas veces: «¡Mira que te va a quitar el toro las tripas...!» Y aquello, en realidad, no era más que mínimo deseo de ajustarse...

—¿A cuántos toreros dió usted la alternativa?

—A tres: José Pascual (Valenciano), Rafael el Gallo y Machaquito. Por cierto que el mismo día que yo le daba la alternativa a Machaquito, Mazzantini, en la misma corrida, se le daba al sobrino de Lagartijo el Grande, que también usó ese seudónimo en los toros, aunque no con la fortuna de aquél. Creo que ha sido la única corrida en que se han dado dos alternativas...

—¿Cuál es el origen del apodo usado por usted?

—Pues bien sencillo... Nos reuníamos en el Altozano cuatro muchachos que coincidíamos en nuestras aficiones taurinas y en el nombre: los cuatro nos llamábamos Emilio. Para distinguirnos, acordamos utilizar cada uno el nombre de un torero fracasado, y yo escogí el de uno que se hacía llamar Tuerto Bomba. Me adueñé del seudónimo y creé así la serie...

—¿Le hubiera gustado tener un hijo torero, que continuase la estirpe?

Sin querer hemos tocado un tema doloroso. Emilio Torres—entre esas desgracias familiares que apuntábamos al principio—ha visto morir a sus dos hijos varones... Uno de ellos cayó como un valiente durante nuestra guerra, como oficial del Ejército. Por eso no insistimos en la pregunta... Aceptamos como respuesta un simple movimiento de cabeza.

Después hacemos girar la conversación hacia otros derroteros. Emilio Torres Reina nos habla de sus actuales ocupaciones, de su tertulia—en la que figura también el Algabeño—, de su afición al fútbol...

La charla toca a su fin. El ex torero nos acompaña hasta la puerta del Círculo. Son las siete de la tarde. La gente discurre bulliciosa hacia la Plaza Nueva, camino del redondel de la Maestranza.

—¿Usted no va a los toros?

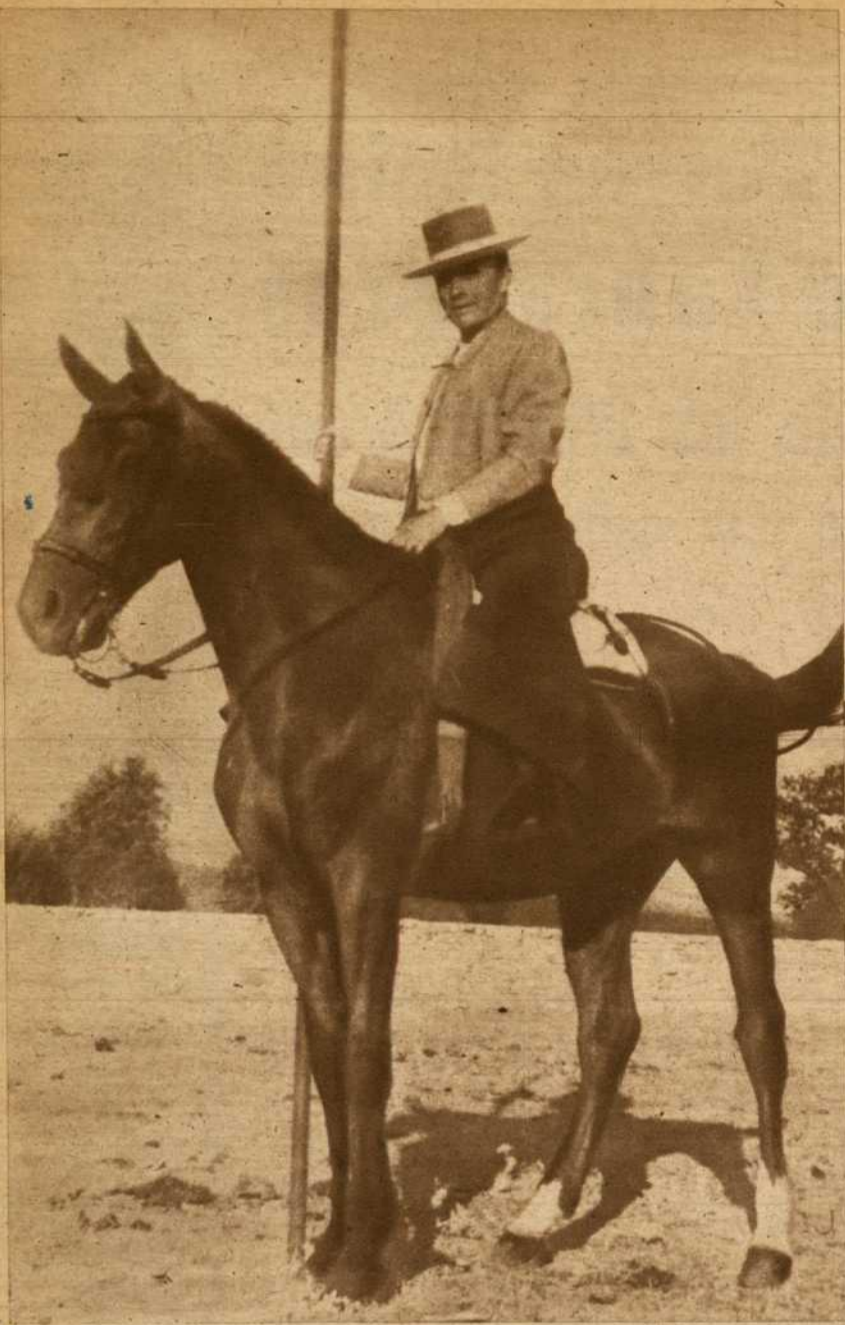
—Pocas veces... Hoy, prefiero mi tertulia...

Y se aleja de nosotros, erguido, muy señor, como dicen que andaba por los ruedos hace cuarenta años.

El que fué famoso torero, hablando con nuestro corresponsal en presencia del popular aficionado sevillano Raimundo Blanco





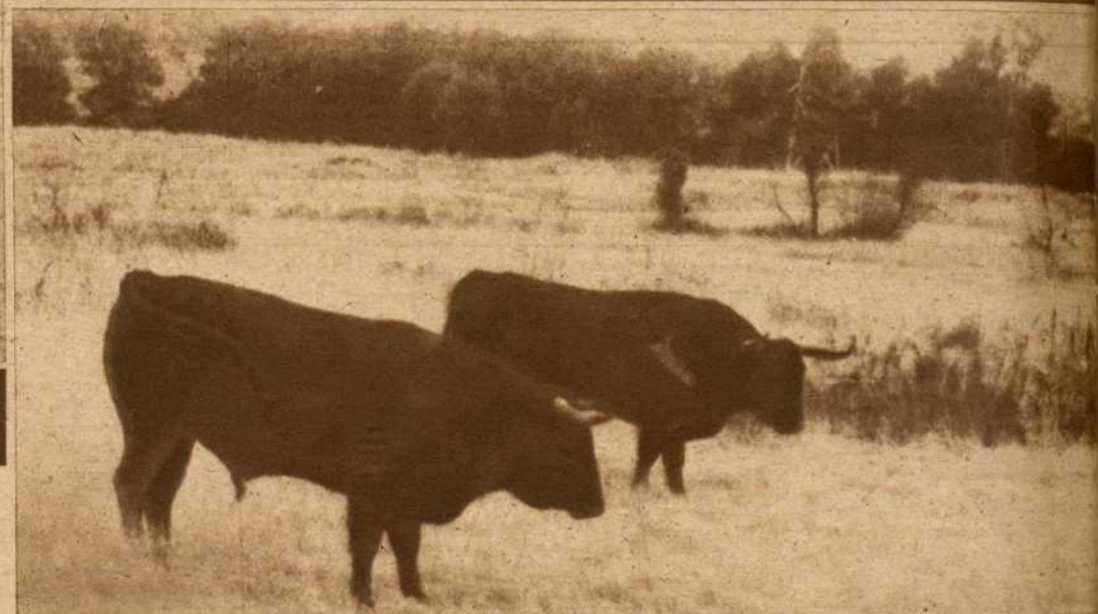


A caballo, con el traje campero y garrocha en ristre, don Carlos Pérez Seoane da un vistazo a sus toros



Hacia el abrevadero van sosegadamente esas reses, que tanto respeto imponen en las plazas

## La paz de la Sierra, el tañido de las esquilas y la despreocupación de los veraneantes



Dos hermosos ejemplares de Pínohermoso, de una corrida que será lidiada en Albacete

da del duque. Villa amplia, señorial, de elegante traza y con unas perspectivas maravillosas. En uno de los muros exteriores está grabado el hierro de la ganadería, una P y una H entrelazadas, cuyo remate es la serie de perlas de la corona ducal.

Sobre la amplia campana de la chimenea pone su pavor inmóvil una hermosa cabeza de toro.

—¿Fué de bandera y mandó usted que la disecaran?—preguntamos al duque.

—No. Esta cabeza que usted ve pertenece a «Pies de liebres», un semental magnífico, procedente de Parladé, que no fué lidiado ni muerto por ningún torero. Lo mató de una cornada otro toro de mi ganadería. Desde entonces hago aserrar los pitones a los sementales de la vacada.

—¿Desde cuándo es usted ganadero?

—Desde el año treinta y nueve. Yo soy muy aficionado al deporte y considero que la cría de reses bravas y su cuidado, por la serie de faenas que requieren, está dentro de las normas auténticamente deportivas. Allá lejos se distinguen unos puntos negros. Son los toros.

—¿A quién le compró usted la ganadería?

—En realidad son dos las que tengo. Una la compré a don Bernardo Escudero, que a su vez la adquirió a Albaserrada, y otra que estoy formando con vacas de don Vicente Martínez y un semental con casta de las reses de Vistahermosa. Estos toros pienso lidiarlos a nombre de conde de Valle. Tengo un hijo que es también muy aficionado a estas faenas camperas y, por ende, al deporte.

—¿Cuesta mucho una ganadería? ¿Es negocio para el ganadero?

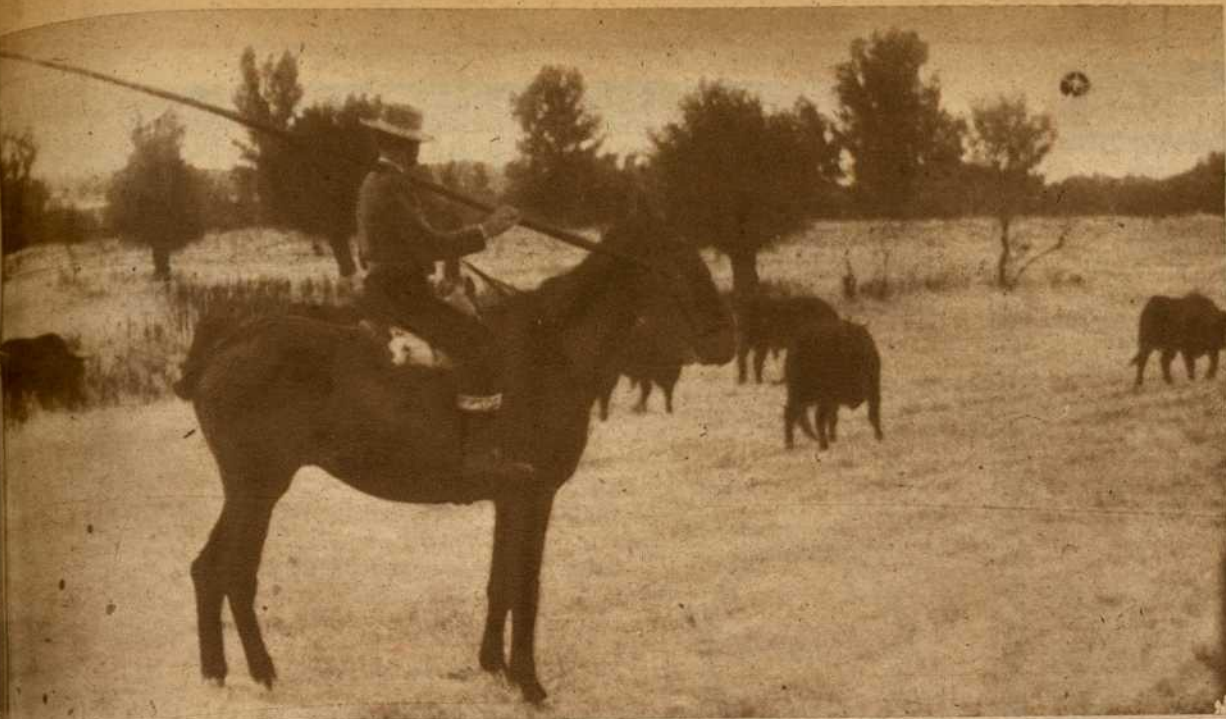
—Costar cuesta mucho. A mí me ha salido por la friolera de seis millones de pesetas; pero para ese desembolso hay que tenerlo todo montado a conciencia, como parece que está esto. Quizá sea negocio para otros ganaderos que arriendan fincas de pastos para sus toros. A mí me compensa la afición y los desvelos que pongo en lograr productos que satisfagan a los toreros y a los públicos.

El escalpelo del duque es inexorable, y si una de sus reses ha dado mala lidia, ha sido mansa, en las páginas de su libro figura esa mansedumbre como un estigma que él no quiere paliar porque el mejor paliativo es la rectificación en los procedimientos selectivos.

MIGUEL RODENAS



El vaquero descalza las espuelas al duque después de la faena cotidiana (Fotos Manzano.)



Estos toros los conduce el mayoral para que los veamos de cerca sin asustarnos

## Una ganadería de toros bravos cuesta mucho dinero—dice el duque de Pinohermoso



Hierro de la ganadería de Pinohermoso

**P**UES, sí, señores. Cuando el cabeza de familia, con la emoción que tiene toda despedida, dice adiós a sus allegados más queridos, que parten hacia la Sierra dispuestos a pasar en ella el verano—y todas las vicisitudes que lleva consigo cualquier desplazamiento—, ignora, sin duda, que a un tiro de bala de cada hotel o de cada pueblo existe una ganadería de toros de lidia. Son esas bestias cornúpetas que, vistas desde la barrera o el tendido de la plaza de toros que ofrezca más seguras garantías, llevan al ánimo del espectador mejor equilibrado en su serenidad una inquietud justificada.

Allí, cabe los aledaños de cualquier colonia veraniega de la vecina sierra del Guadarrama, pacen en las dehesas tranquilamente muchos de esos fieros toros que más tarde, por su bravura, constituyen

la admiración de los aficionados cuando en los ruedos de Madrid, Barcelona, Valencia o San Sebastián, un Manolete, un Bienvenida, un Pepe Luis Vázquez o cualquier otro torero con categoría o sin ella, realizan esas proezas espectaculares que—aparte honra y provecho—les proporciona de vez en cuando alguna cornada de consideración.

Mucha gente supone que los toros de lidia sólo tienen hoy su sede bien en los prados andaluces o entre las retorcidas encinas del campo de Salamanca. Esa creencia está justificada; de la actualidad taurina se borró el nombre de Colmenar, porque en el período revolucionario fueron destruidas casi todas las ganaderías que pastaban en aquellos cerrados, tierra de toros con sangre de buena casta, demasiado nervio y fuerza para ese toreo estilista que ahora enloquece a las multitudes.

Pero, como el Ave Fénix, de las cenizas resurgen potentes otra vez el añojo, el eral, el utrero y el cuatroño, y en los alrededores de Madrid, como «in illo tempore», se asientan ya ganaderías de fama que nada tienen que envidiar a las más prestigiosas vacadas de otras provincias.

La Sierra está rodeada de toros bravos. ¿No habéis oído en la serenidad de la noche, y desde la plazoleta de vuestro hotelito, el monocorde tin-tan- de unos cencerros? ¿Sí? Pues esos cencerros pendían del cuello de unos cabestros que «arropaban» a los toros, preparados por el mayoral, para embarcar al día siguiente con destino a una plaza cualquiera, donde habían de lidiarse. Habéis estado cerca del peligro, pero de un peligro imaginario, porque, en realidad, no existe. El toro, en el campo y dentro del grupo de sus hermanos de camada, es más inofensivo que un perro faldero. Tranquilidad, pues, vuestro ánimo. Una alarma injustificada puede ser motivo de sinsabores y desvelos, y bien sabe Dios que mi propósito no es ese.



Unos becerros sin casta aguardan en la corraleta el momento de salir al campo

### A LA VISTA DE «MONASTERIO»

El caso es que el automóvil avanza rápido, y el panorama que a derecha e izquierda de la carretera vamos dejando nada nos dice, ni podemos barruntar siquiera que nos aproximamos a un terreno donde el toro es el árbitro, y nosotros participantes de una invitación que gentilmente nos brinda el aristócrata y ganadero duque de Pinohermoso para que visitemos su finca y su ganadería.

Al cabo columbramos un edificio que armoniza perfectamente con la austeridad del paisaje. Son piedras sobre las que el tiempo ha ido dejando su pátina y los hombres una indiferencia fría. El aspecto monacal de la construcción me hace suponer que allí debió de existir una de esas Ordenes recoletas y silenciosas en las que la fe de los hombres busca refugio para dar a su espíritu la paz lejos del mundanal ruido. Acaso por esa razón la finca del duque de Pinohermoso se denomina «Monasterio».

Pero ahora, por su ancha y alta puerta no sale a nuestro encuentro la figura magra de un lego, sino que son vaqueros, mayorales y yegüerizos los que nos dan la bienvenida.

A la espalda de esta especie de abadía donde habita la dependencia, y un poco más lejos, está enclavada la vivien-



El duque conversando de toros con nuestro colaborador Miguel Ródenas frente a esa chimenea que espera al invierno



## Un alto en las casas blancas

### de GARCI-GRANDE



Hierro

De Salamanca a Alba de Tormes. De Alba a la dehesa de Garci-Grande, veintidós kilómetros todavía. Unas casas blancas nos la anuncian y hacemos alto. La amabilidad del vizconde de Garci-Grande obliga a que en su casa haya siempre amigos e invitados. A estos últimos hemos tenido el honor de sumarnos hoy.

Después de un buen yantar y larga sobremesa hemos pasado a pocos metros de la casa, donde en dos grandes cercados pastan los seis toros destinados para la próxima corrida. A la llamada del mayoral Atienza se van acercando lenta, majestuosamente, hasta que nos impresionan verlos a bien corta distancia, separados apenas por la pared del cercado que nos sirve de barrera. Son seis hermosos toros de magnífica estampa, gordos y lustrosos.

Hemos visitado después la bonita plaza de toros y luego de ver las caballerizas, donde hay hermosos ejemplares, volvemos a casa, pues ya en el patio aguardan dispuestos para ser montados ocho o diez caballos, y, jinetes en ellos, nos disponemos a dar un paseo por la finca. Hasta Luisito, el hijo de los vizcondes, con su traje corto y sombrero ancho, es ya un magnífico jinete de nueve años.

A campo traviesa hemos llegado hasta donde pastan una buena partida de novillos que para el año próximo hacen pensar en las mejores promesas. Hay alguno que levanta la cabeza y cabe pensar en el riesgo de que nos lance una embestida, pero el joven Atienza está al quite para distraerlo.

De no saberlo, bastaría observar a este afortunado ganadero que es el vizconde de Garci-Grande para cerciorarse que es un auténtico aficionado enamorado de la fiesta netamente española, a la que se consagra por pura afición, porque no encuentra ni encontrará en ello otras satisfacciones que las propias, ni más relación que la de su deseo con el éxito que conquistan sus reses.

—No le parece a usted—le pregunto—que si ha habido alguna deficiencia en la fiesta se ha debido, en cierto modo, a la falta de escrupulosidad y sobra de comercio en algunos?

—Es muy posible.

Y aunque el vizconde no quiere entrar en más consideraciones, y menos en lo que a él particularmente afecta, me consta por un amigo que en unas de las tientas en las que se tentaron más de cuarenta vacas, y a pesar de ofrecer ellas el ardor y clase de la primitiva sangre de Vistahermosa, quedaron en activo el número que rebasó en cualidades las que hubiera inspechado el más exigente.

—Usted, relativamente, hace poco que se dedica al ganado de reses de lidia.

—En 1938 empecé comprando ganado a don Ciraciliano Pérez Tabernero y Nogales, y más tarde, en 1941, compré a don Juan Cobaleda parte de la ganadería, pura casta de Ibarra, heredada por don Juan de su padre, don Bernabé, que poseía reses de Carriquiri. En el año 1924 don Bernabé Cobaleda sacrificó la de Carriquiri y compró al conde de la Corte un semental y treinta y dos vacas elegidas, y al año siguiente, en el 25, volvió a adquirir del conde treinta y cuatro vacas y otro semental.

—¿Cuál es su mayor ilusión para mañana, vizconde?

Queda un poco pensativo y yo me adelanto a decirle:

—Lo primero, que el éxito que conquisten sus reses responda a su escrupulosidad y entusiasmo... ¿Y lo segundo?

—Que haya afición, mucha afición...

La magnífica tarde de julio ha ido declinando y el largo paseo por el campo nos ha sabido a poco, pues cuando queremos darnos cuenta nos encontramos de nuevo ante las blancas casas de Garci-Grande.



El conocedor de la ganadería de Garci-Grande, Pepe Atienza, tentando la vaca Clavelina



Toros de Garci-Grande, en salida para ser lidiados pronto en Barcelona

—Por tanto, tiene reses con sangre de la vacada de Santa Coloma y de Albacerrada y otras de la casta que poseen los toros del conde de la Corte.

—Y es mi deseo, en estos momentos, ir eliminando poco a poco lo que compré al señor Pérez Tabernero y Nogales y quedarme solamente con lo perteneciente al conde de la Corte.

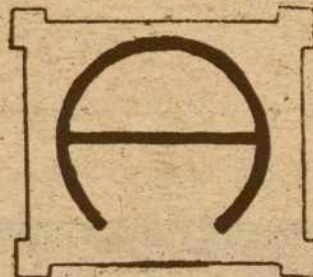


El vizconde de Garci-Grande con sus hijos Luis y Mari-Tere

ROQUE SANZ

## Angel Sánchez y Sánchez

### SALAMANCA



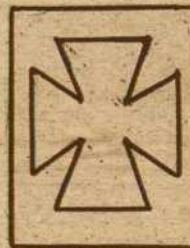
Hierro

La ganadería de don Angel Sánchez y Sánchez es de gran antigüedad, ya que data del 11 de abril de 1909, época en la que todavía pertenecía a su padre, don Matias Sánchez, p, como es sabido, era la famosa de Trespalacios.

El año 1932, don Angel Sánchez la aumentó, con demostración de hábil aficionado, comprando una camada entera y dos sementales de la ganadería de Murube.

Con esta casta cruzó la que poseía Trespalacios, siendo la tercera vez que se refresca esta vacada con sementales en línea directa de Vistahermosa, siendo hoy casi total pura casta ibarresa.

Hoy, la ganadería de don Angel Sánchez tiene todas las características que se esperaban de esta casta: son toros bravos y nobles, lo cual supone que sean preferidos por los toreros.



Hierro

## GANADERIA de Sánchez Fabrés, Hermanos

PEDRO LLEN (Salamanca)

Es la cuarta parte de la ganadería de Coquilla, comprada por don Justo Sánchez Tabernero en 1934, cuyos productos se lidian a nombre de sus hijos, los señores Sánchez Fabrés, Hermanos.

**DIVISA:**

Blanca y encarnada

**SEÑAL:**

Un hendido en cada oreja



Magníficos ejemplares de la ganadería de Sánchez Fabrés



# GENIO Y FIGURA DE VALENCIA I A DON JOSE ROGER

**S**ENTADO en una silla, junto a la puerta del patio de su casa, Jose Roger contempla el declinar de la tarde. La esposa, apoyada en el quicio, acaba de llegar después de haber echado de comer a las palomas buchonas que

van y vienen haciéndose la rueda. De la casa llega el rumor de las voces, las de Pepe—el unigénito del matrimonio—, en animada charla con algunos peones de su cuadrilla. Aproximo una billa a la que ocupa el dueño del inmueble y le pregunto:

—¿De dónde les vino a ustedes su apodo taurino?  
—El apodo Valencia se lo adjudicaron a mi padre por el hecho de haber nacido en la ciudad del Turia. Fué banderillero del Espartero hasta su trágica muerte, correspondiéndole banderillar al toro Perdigón, que le produjo la muerte. Después de haber trabajado con Emilio Torres, Bombita, y con Mazzantini hubo de abandonar los ruedos a causa de las cornadas sufridas.  
—¿Acaso fué él quien le orientara a usted hacia el toreo?  
—Todo lo contrario; el pobre se pasó la vida intentando torcer mi vocación. Ni los deseos de mi maestro, don Ecequiel Solana, de sufragarme de su peculio estudios superiores, ni las regañinas paternales me hicieron desistir del intento.

—¿Qué señuelo le llevó a tan arriesgada profesión?  
—Por entonces, don Antonio Fuentes se hallaba en el pináculo de su fama. Acababa de adquirir su famosa finca "La Coronela", y la aureola que siempre rodeó su vida sirvió para desvelar los sueños de muchos muchachos dispuestos a seguir su ejemplo. Pero antes de iniciarme en el toreo hube de ayudar en la medida de mis escasas fuerzas a reforzar los precarios ingresos familiares. A los trece años entré de aprendiz en una tienda de linóleo y hules que hubo en la calle Arenal. Un día, la señora del patrón me envió a que le comprara una revista de modas. Mi sino me llevó a fustear por "la visera" de la Puerta del Sol—entre Alcalá y la carrera de San Jerónimo—, lugar entonces de chismorreos de la gente de coleta.

—Y ¿allí surgiría la tentación?...  
—... en forma de un "maleta", que tras de sonsacarme el duro que para satisfacer el encargo llevaba, me animó a acompañarme a las capeas de Arganda. Regresé, devolvió mi padre las cinco pesetas y conseguí el perdón de mi jefe. Pero a los cuatro días ya había vuelto a las andadas. Esta vez no hubo readmisión, teniendo que colocarme como amanuense de un contratista de obras. Por tratarse de un aficionado de toros me aconsejaba, y hasta de vez en cuando me autorizaba para faltar a la obligación.

—¿Dónde vistió por vez primera el traje de luces?  
—En la Plaza de Tetuán, el 4 de mayo de 1913, con Luis Mauro, Chico de Pardiñas, y Saleri II. Claro está que me costó dinero, pues todos mis ingresos se redujeron a dos duros por matar dos morlacos de Moreno Santamaría provistos de barba y bigote.

Recuerdo, como hecho curioso, que acerté a pasar por la calle Sevilla cuando estaban fijando los carteles. Me hallaba embozado, con un saco de yeso en las costillas, relejendo mi nombre, y de improviso un chungón me reconoció y se puso a gritar a los transeúntes: "¡Párense y vean al flamante fenómeno que debutará mañana!" Como si hubiera cometido un delito huí de allí, con mi sonroja y con la carga, que también pesaba lo suyo.

—¿Qué le ocurrió después?  
—Toreé cuatro corridas más en Tetuán, y a la segunda el empresario me dió veinticinco duros, porque a su plaza no quería que fueran toreros con pantalón de pana y alpargatas. De aquí fui nada menos que a Marsella, a torear con Torquito II y Copao una de las primeras corridas montadas por Eduardo Pagés. Causé la admiración de los franceses, más interesados por mis dieciséis años que por mi forma de torear. Las mujeres me besaban maternalmente, era obsequiado con caramelos y chucherías, y en todas partes era conocido por "le petit jolie toreador".

—Vayamos ahora con el capítulo de gratos recuerdos y también con los aciagos.  
—Entre las cosas de las que puedo ufanarme, ¡que no son muchas, en verdad!, destaca la de que haya sido el primer torero al que se le concedió con las dos orejas el rabo en la Plaza de Madrid. Aquella tarde toreaba con Valqueret y Ventolrá, y aunque se trataba de una novillada, el bicho en cuestión fué todo un señor toro de Pablo Romero, destinado, con otros cinco, a ser lidiado en la corrida de la Asociación de la Prensa, y por haberse deteriorado un pitón determinaron echarlo en la novillada. Pesó treinta y tres arrobas en canal.

Como contrapartida, en Ciudad Real, vi marcharse un toro de Félix Gómez al torral, con más sabiduría que la de todos los sabios de la Grecia antigua y moderna.



José Roger, Valencia I, en dos momentos taurinos.—Arriba: Un gran pase ayudado por alto.—Abajo: Rematando vistosamente un quite

—¿Dónde llevó a cabo su alternativa?  
—Ante mis paisanos, en Madrid, el 5 de septiembre de 1919. Belmonte fué el encargado de cedermé los trastos, acompañándonos Pacorro. La corrida tuvo el carácter de extraordinaria y se celebró un viernes. Los toros pertenecían a la vacada de Aleas.

—¿Cuántas veces fué usted a América?  
—Once. He actuado en Venezuela, Méjico, Perú y Colombia. De la primera es de donde mejores recuerdos conservo, hasta el punto de considerarla como mi segunda Patria, y creo que lo mismo les habrá sucedido a la mayoría de los toreros que por aquella república pasaron.

—¿Cree usted que ahora se torea mejor que antes?  
—Es posible que no se lidie a los toros con la precisión, vamos a llamar matemática, que presidía la lidia de mis tiempos. Pero torear, lo que se dice sacar partido y lucirse con los toros, esto no se ha hecho nunca como se hace ahora.

—De aquí que usted entienda...  
—... que nunca estuvo la fiesta ni a mayor altura ni con más concurrencia de públicos. Antes se llenaba la Plaza vieja; pero ahora, a poco que los carteles presenten algún atractivo, se llena la de Ventas, que cuenta casi con doble aforo. Y lo mismo sucede en el resto de España.

## Un drama en la vida de MACHAQUITO

# ¡Que traigan a mi lado la cuna del niño!

Por M. BARBERI ARCHIDONA



Machaquito,  
ayer

En aquella penumbra con olor agrio a vino vertido y a corcho mohoso que era el interior de La Cordobesa, de que ya hemos hablado con motivo de Manolete, a veces—no muchas veces—aparecía una figura silenciosa, apoltonada en lo oscuro de un rincón.

Era un torerito menudo—1,52 m. de estatura—, moreno, bien proporcionado, con los ojos brillantes bajo cejas unidas y espesas y la boca fina y de acusado dibujo. Era como un árabe injertado de centurión. Por tanto, Córdoba pura. Aquel hombre pequeño, que respiraba energía en todos sus gestos, en todas sus actitudes, energía y sobriedad—bebía apenas—, era Rafael González (Machaquito), primera figura de la torería de su época.

Machaquito debía su remoquete al banco de zapatero de su hermano, un mozo alto, cenceño, matado de viruelas que le habían estropeado un ojo, feo, apretao y que había tenido que ahogar sus ansias de torería—frustradas en intentos miserables de capeas y tentaderos—para dedicarse enteramente a la admiración idolátrica del hermano. Del Machaca o el Machaco, que de las dos maneras era conocido el remendón en su barrio y en otros barrios de Córdoba, nació el Machaquito que llevaba orgullosamente su hermanillo menor, un mozalbete menudo, nervioso, negro como la pez, con siete gatos en la barriga y más valiente que un jabato.

Machaquito había vuelto en oros los bastos que le pintaron siempre al zapatero. El, con Bombita, se llevaba de calle a la afición de finales de siglo. Todo lo que en el otro era sonrisa abierta y palabra fácil, era en éste ceño y silencio. Allí, en la tabernucha sórdida y escondida, se le veía apenas, haciendo una singular gimnasia que consistía en apretar rítmicamente un aparato de acero provisto de un muelle cuya dureza se graduaba a voluntad y que estaba destinada a dar fuerza a su mano derecha de matador fulminante.

Las estocadas de Machaquito eran la clave de su éxito. Y él cultivaba estas estocadas cuidadosamente.

Cierto que lo reducido de su estatura le obligaba a un truco que le valió muchas censuras de la afición, entonces celosa hasta la intransigencia con las formas clásicas del arte: Machaquito, para llegar al morrillo de sus toros, tenía que dar un pequeño salto. Sólo así lograba colocar el estoque en los rubios. Pero el procedimiento no merecía la aprobación de todo el mundo, y motivaba enconadas discusiones entre machaquistas y bombistas.

Era Machaquito un hombre de frío valor, decidido y pundonoroso; salía siempre a la Plaza decidido a colgarse de un pitón, y cuando el caso ocurría, jamás perdía su gesto duro y cenceño; nunca consentía a sus facciones talladas en madera tostada que se contrajesen de dolor. Puede decirse que aquel hombre terriblemente serio no sonreía más que en los momentos en que el dolor le rompía las entrañas y la sangre le manchaba la teleguilla.

En ocasiones salió a torear con las heridas abiertas, sólo por cumplir un contrato, y aquella serenidad fría y desdeñosa con la muerte le había valido la Cruz de Beneficencia por su actuación heroica en la Plaza de Hinojosa del Duque, el día 2 de agosto de 1902.

Dos años antes había tomado la alternativa y toreaba en aquella Plaza sin barreras y sin burladeros, formada, como tantas otras, de tablas y de carros, cerrando las bocacalles de una plazuela. Al lidiar el cuarto toro se derrumbó un tendido, y el público, en trágica confusión, cayó al ruedo. El toro acababa de ser picado. Se revolvió furiosamente y el estrépito y el montón de carne humana que se le ofrecía atrajeron inmediatamente su codicia... Un alarido terrible se levantó entre el público.

Machaquito no se había inmutado. Pidió rápidamente un estoque y una muleta; se fué hacia el toro resueltamente, hizo una faena brevísima y entrando a matar dejó en la cruz del toro una de aquellas estocadas fulminantes que habían labrado su fama...

La ovación fué formidable. Los mismos heridos en el accidente unían sus manos para aplaudir... Machaquito, serio y silencioso, fué hasta el improvisado tendido, se enjugó la frente y bebió un sorbo de agua. Y ni siquiera consintió en salir a los medios para recibir la manifestación de fervorosa gratitud de aquel pueblo a quien él había salvado de un día de luto y de llanto.

Así era Machaquito, aquel hombre pequeño, todo fibra dura y concentrada. Cuando se le proponía ir al teatro, preguntaba lo primero si la obra representada era enérgica—con lo cual él quería preguntar si era dramática—. Hacia 1907 ó 1908 se casó con una bellísima muchacha perteneciente a una de las más distinguidas familias de Cartagena. Cuando empezó el noviazgo, Machaquito, que no bebía apenas, pero que fumaba mucho, preguntó a su novia con sencillez:

—¿Te molesta el humo?

—No...—respondió ingenuamente la muchacha.

—Me alegro—le dijo el torero—, porque ibas a pasar muy malos ratos...

Nadie ni nada había domeñado aquella energía relampagueante, a veces imprecable. Nadie le había sujetado ni por el miedo, ni por el interés, ni por el sentimiento. Y así se casó. Los amigos



Machaquito,  
hoy

predijeron un resultado catastrófico a aquella boda. Angeles—era el nombre de la novia—era demasiado señorita para aquel torero tan torero...

Y acados estaban, en paz y gracia de Dios y ya les habían nacido dos hijos, una niña y un niño, cuando el 8 de octubre de 1911 Machaquito toreó una de las corridas de abono que tenía contratadas en la Plaza de Madrid. Esta corrida se había suspendido el domingo anterior por no reunir los toros que debían ser lidiados las condiciones reglamentarias. Después de vestir e el torero, y en el momento de marchar a la Plaza, dijo dios a su mujer y besó a sus hijos. Al tocar con los labios la frente de su hijo, por el que tenía verdadera debilidad y que le había hecho prevaricar de su actitud de hombre duro e insensible, se volvió a su mujer y le dijo:

—Este niño tiene fiebre.

—¿Fiebre?—respondió la esposa inquieta.

—Sí, fiebre. Manda a buscar al médico...

Marchó a la Plaza. La corrida transcurrió aburrida. El toreaba preocupado, sin poder desechar de su cabeza la imagen de aquel niño con fiebre que se había dejado en casa.

Al llegar al sexto toro, Machaquito hizo un quite a un picador y el toro le volteó, con tan mala fortuna, que el golpe le dislocó las vértebras cervicales.

El dolor era horrible, y tras una cura de urgencia hubo de ser transportado a su domicilio, que lo era en aquellos momentos un hotel de la Carrera de San Jerónimo.

Se hizo precisa una operación cruelísima. La cabeza tuvo que ser separada de las vértebras afectadas por la dislocación y mantenida en aquella posición horrible por medio de un aparato que no permitía al torero el más leve movimiento...

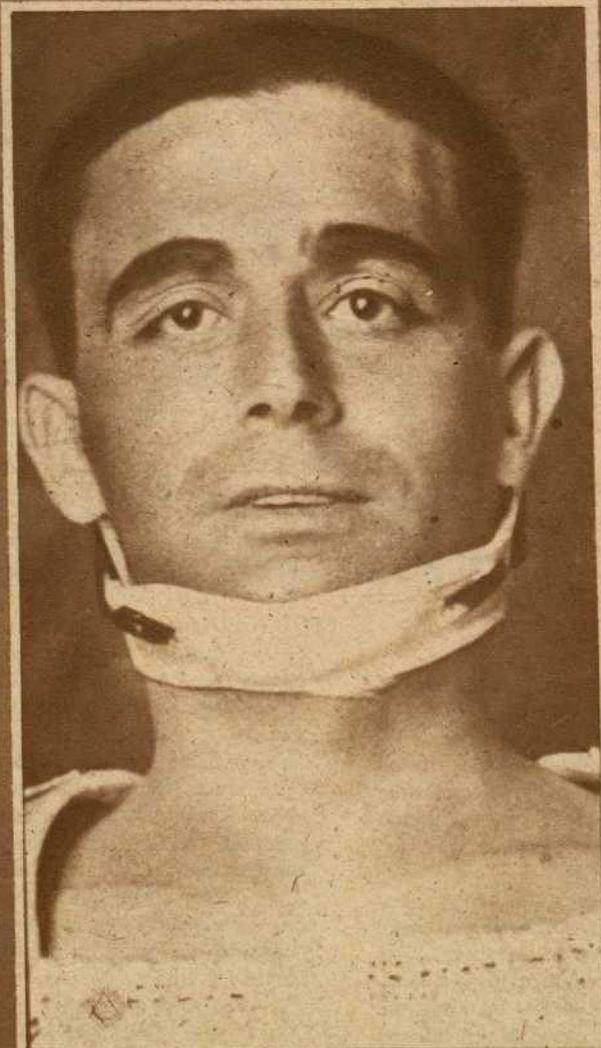
Y en aquella situación hubo de conocer el otro drama que se desarrollaba a pocos metros de su alcoba...

Su hijo, su pequeño, su preferido, estaba también herido de muerte. Un súbito ataque de meningitis tuberculosa le arrancaba esos gritos indescriptibles que no puede olvidar quien tuvo la desgracia de escucharlos una vez. Hasta los oídos de Machaquito llegaron también. Y al saber de lo que se trataba, ordenó, de aquella manera que nadie se había atrevido nunca a discutir:

—Que traigan a mi lado la cuna del niño...

El torero, inmóvil, atezado por el yeso y el acero de aquel aparato, presenció así toda la agonía de su hijo. A su lado estuvo hasta que la muerte libró de sus sufrimientos a la tierna criatura, y hasta después, hasta el terrible momento en que se lo llevaron en un cochecito blanco, cubierto de coronas y de flores...

Machaquito cerró los ojos con una expresión de desfallecimiento que le humanizaba súbitamente, y por los ángulos de sus párpados cayeron dos lágrimas grandes, redondas, lentas, como si estuvieran formadas por un líquido espeso, viscoso, elaborado en las profundidades del sentimiento.



Machaquito con el aparato que le inmovilizaba la cabeza, como tratamiento a su gravísimo percance de Madrid

# Romance del torero y el bandido

## ... y un día del año en que el toro mató a Montes, se presentó el Pernaless en La Coronela a ver a ANTONIO FUENTES

**E**STOS hombres del campo miden el tiempo por el Santoral y por sucesos que les impresionaron: El mes de Santiago..., el año de la sequía..., allá por San Juan..., el año del cólera...

Y este vejete recio que fué en La Coronela aperador de Antonio Fuentes, me dice, aquí, en esta taberna de Puebla de Cazalla:

—Eso que usted pregunta pasó en el año que mató el toro a Montes.

—¿Por qué lo recuerda...?

—Porque el amo acababa de llegar de Méjico, y Carriles, el picaor, que le gustaba echar un cigarro en la gañanía con nosotros, nos contó la corná y la muerte del pobre Antonio...

—Y usted, ¿vió al Pernaless?

—¡Sí fui yo quien le abrió la puerta...!

La Puebla de Cazalla se va tostado como una chicharra blanca de cal en la tarde agostosa. La taberna donde charlamos perteneció al famoso espada sevillano Antonio Fuentes, y él mató, en tardes de fortuna y aplauso, esos dos toros negros, cuyas cabezas disecadas nos miran desde el fondo de la estancia. En un cartel frontero, policromado y de enorme tamaño, destacan nombres señeros del toreo: Espartero, Guerrita, Revorte, Fuentes... Es un cartel de feria de Sevilla en abril, y la fecha recuerda los romances camperos de Villalón. ¡Ay! ¡800...!

**ESTA AQUI EL-PERNALES...**

La Coronela dormía en el frío de la mañana invernal. Y fueron tres aldabonazos la llamada y la alarma:

—A la pá e Dió...

—Que El mos guarde...

—¿Está Romuando Fuentes?

—Bardomero, querrá usted decir.

—Eso é... Bardomero. Digal'usté que bajo.

—¿Quién digo que lo yama?

—Un hombre.

—Poca cosa es... y mucha...

—Tien'usté razón. Digale que bajo, que está aquí el Pernaless.

Y Francisco Ríos descabalgó de su yegua. Vestía calzón de pana, blusa de dril, botos de Córdoba... Ceñía el cinto canana bien nutrida y portaba su rifle en el arzón y pistola en el ancho cinturón de cuero.

Los gañanes se asomaban, figones y medrosos; una mocita abrió la reja y husmeó al personaje, curiosa y asustada a un tiempo. Los mastines de Antonio Fuentes olisquearon a la yegua y enseñaron los dientes al Pernaless.

Era esto en el año en que un toro mató a Montes en Méjico...

En el enorme comedor de La Coronela, el Pernaless aguarda a que Fuentes se vista. No pudo nunca hablar con el coloso de las banderillas, y ahora, al enterarse de que está allí, recién llegado de Méjico, no quiere renunciar al gusto de saludarle:

—¿Está usted gueno, Antonio?

—Estoy bien... muchas gracias. ¿Y usted...?

Se va poblando el comedor. Un criado ha encendido la gran estufa y los troncos de encina semejan terciopelo rojo. Las camareras ponen la mesa para el copioso desayuno de huevos fritos, vino, fiambres, café con leche, mantequilla, coñac... La cuadrilla de E baja alarmada por si Antonio está en trance de peligro. Pepe Carriles, hercúleo y sereno, le da al Pernaless una palmada en las espaldas:

—¿Qué hay...?

El Pernaless come con calma y con apetito:

—Tenía hambre... Y le agradecería a usted que le echaran a la bestia un buen pienso...

—Ya está en la cuadra bien atendida.

Fuentes, gallardo y correcto, ha probado el desayuno del Pernaless, porque éste dice que a un compadre le envenenaron con unos huevos fritos.

Y a medio desayuno... un criado que entra:

—Antonio: En la puerta está la Guardia civil que va de servicio y pregunta si hay en la finca novedad...

El Pernaless, de espaldas a la puerta, ni se inmota ni vuelve la cabeza. Mira a Fuentes, y aguarda.

Fuentes no duda la respuesta:

—¡Qué novedad va a haber...! Dale las gracias...

Pernaless se muestra locuaz y confiado. Le recuerda a Fuentes tardes de gloria que él presencié en el anonimato del tendido; le pide detalles de la muerte de Montes; expone su deseo de irse a América, porque ya está cansado de vivir en la Sierra como una alimaña...

Quiere leer lo que la Prensa dice de él y Fuentes envía a Los Ojuelos por el correo del día. Y la mañana va desgranándose en horas lentas, con charla amena y copas y tabaco...

Carriles ha pedido al Pernaless que deje el rifle en un rincón:

—Eso nó... No es *farta de confianza*, pero... no lo suerto...

—¿Y duermes con él también?

—También duermo. El día que no lo tenga entre las manos... ¡mala señal será pa mí...!

Al atardecer se fué el Pernaless de La Coronela.

—¡Que teng'usté mucha suerte con los toros, Antonio...!

—Y tú también, hombre...

A los pocos meses, un pastor dió la pista a la Guardia civil, y el guardia Codina le partió el corazón de un balazo al bandido. Al registrarlo en Estepa, en los bolsillos del cadáver había un retrato de Antonio Fuentes, pegado al dorso de un espejo rústico.

Cuando yo le hablo de esto al viejo aperador de La Coronela, me dice, recordando:

—Eso fué el año que mató el toro a Montes...

ANTONIO HEREDIA



Un retrato de Antonio Fuentes en su finca La Coronela

# PEPE BIENVENIDA Y CARLOS ARRUZA

EL MIÉRCOLES, EN BARCELONA



Cinco momentos gráficos de la corrida del miércoles en Barcelona. Bienvenida y Arruza preparados para salir al ruedo.—A continuación, el mejicano en cuatro instantes: lanceando de capa, plantando banderillas, en un temerario adorno y lanceando de frente por detrás

(Fotos Valls.)

## LAS QUE SE QUEDAN REZANDO



Doña Dolores Bazán

### DOÑA DOLORES BAZAN, madre de los hermanos Martín Vázquez

Tres cornadas gravísimas sufrió su esposo, y dos del mismo pronóstico su hijo Manolo

GRACIL y esbelta la figura. El rostro, iluminado por unos ojos negros y de expresión triste e inquieta, como suelen ser en las mujeres que han sufrido mucho. Los cabellos, prematuramente encanecidos. Toda su persona respira dulzura, resignación dolorosa.

Sentada junto a la cabecera del lecho donde reposa el cuerpo doliente de su hijo Manolo, le corrían lentas las lágrimas, mejillas abajo.

—¡Madre mía! ¡No llores más!—suplicó el hijo en voz baja.—  
;Tengo sed!

—Voy a traerte un poco de agua azucarada...

Cuando volvió ya estaba más tranquila. Quise que hablara de sí misma, y sólo accedió cuando el mismo Manolo unió sus deseos a los míos.

Al fin habló, como despertando en su interior los pensamientos y los recuerdos adormecidos, gozosos unos, dolorosos los más, trasuntos todos de una vida en holocausto perpetuo al esposo y a los hijos.

Doña Dolores Bazán, andaluza de pura cepa, nació en el sevillanísimo barrio de la Macarena. Muy mocita todavía conoció a Curro Martín Vázquez, un día de Año Nuevo, a la salida del teatro, entre una doble fila de mocitos presumidos. Subyugado Curro por los encantos de la niña, hizo a su acompañante de aquella noche—un sobrino de don Eduardo Miura—mil preguntas sobre la que, no tardando un año, había de ser su esposa.

El torero, hombre formal y serio, alejado siempre del ambiente fastuoso y embustero de la torería de aquellas décadas, no halló oposición para formalizar sus honrados propósitos. El día 8 de diciembre de 1918 velaban sus esponsales Curro y Dolores en la capilla de la casa solariega de la novia. Antes de partir para el viaje de bodas hubieron de ir a saludar al viejo amigo de ambos, el caballeroso Miura, imposibilitado de asistir a la ceremonia nupcial.

La boda hizo época en Sevilla; a ella acudió todo lo más brillante del generalato taurino. Joselito y Rafael el Gallo Antonio Fuentes, los Bomba, el Algabefío, Manolete (padre)...

Y con la vida conyugal empezó para la esposa el inevitable sepulcro esmaltado de zozobras y sinsabores. Tres veces fué Curro a América. En Lima tuvo una cornada de tal gravedad, que en los periódicos dieron la noticia de su muerte. Hasta catorce veces hicieron presa los toros en él; en tres, le administraron los postreros Sacramentos.

Y en tanto, la esposa guiando con mano firme el timón de su hogar, en el que cinco hijos ponían, con su alegre inconsciencia, un sedante en su alma, conturbada por la arriesgada existencia del padre y esposo.

Aquellas cabecitas, que evocaban los patios de juegos de los salesianos de Alcalá de Guadaíra, el flor al incienso de la capilla y el temido sobre azul portador de las notas mensuales, empezaron a dar sus sobresaltos.

El señor Curro cumplió su palabra de retirarse de los ruedos coincidiendo con el natalicio de la primera de las niñas. Pero al poco, Manolo, a raíz de su primera escapada para torear una bejeja preocupaciones. No mucho después, Rafael y Pepín mostraban idéntica tendencia a seguir el camino de su hermano. También Paco, el mayor, hizo sus ensayos taurómacos en la placita familiar, construida por Manolo, y al resultar fallidos se abrazó resueltamente a la carrera de Hipócrates.

De nuevo los terrores tremendos vinieron a invadir a la madre con el inacabable dolor de las tardes de corrida. Y otra vez —ahora acompañada por las hijas— a buscar en la oración el consuelo, en espera de la hora de las noticias. Un ligero retraso hace agolparse en su mente los más negros augurios. Suena el timbre del teléfono y es una de las hijas—Lola o María Teresa—la encargada de recoger la conferencia, mientras el padre agota nerviosamente todas las reservas de su petaca y la esposa se refugia en el último rincón de la casa. Luego viene el espiar los rostros de los familiares, creyendo apañadas las tranquilizadoras nuevas.

Y alguna vez, como acaba de acontecer con Manolo, la primera comunicación se refiere a un ligero puntazo, a cornada sin importancia, para acabar después reclamando la presencia de los padres junto al lecho del ser querido. Es frecuente que doña Dolores tenga que oír de personas frívolas e insustanciales frases como ésta: "¡Qué suerte tiene usted por tener tres hijos toreros!"

A los que tal afirman yo hubiera querido trasladarles al sanatorio, donde esta madre, sentada junto a su hijo, consumida por horas en vela y por su lento sufrir, parecía nimbada su cabeza por los últimos fulgores de la tarde, cual una estampa terrena de Mater Dolorosa.—F. M.



La madre de los hermanos Martín Vázquez junto a su hijo Manolo, en el Sanatorio de toreros, donde aquél convalece de su grave cogida de Valencia

(Fotos Manzano.)

## LOS VIEJOS DEL RUEDO

# LORENZO DE LA PLAZA, jefe de limpieza, asegura que la única ilusión que le queda es sacrificarse por el redondel



**B**UEN hombre este jefe de limpieza de la Plaza de Toros de Madrid, que además se llama Lorenzo de la Plaza. Es natural que llamándose así, lleve la friolera de cuarenta y seis años al servicio de la misma, hablando de ella como si la quisiera más que a las niñas de sus ojos.

Si Lorenzo no dijera que estaba dedicado a estos menesteres «relativamente» taurinos, cualquiera le tomaría por un intelectual. Recuerda vagamente a aquel gran periodista que se llamó don Mariano de Cavia, en sus últimos años: mirada penetrante y bonachona a través

de sus lentes, conversación inteligente y reposada, simpatía y amabilidad en toda su persona...

Y no hablemos de los recuerdos que conserva de todas estas cosas de toros: como para llenar un libro. Habla de ellas espontánea y sencillamente, como el que las ha vivido y las siente porque le sigue pareciendo lo más interesante del mundo.

—Tomé posesión de mi cargo—empieza diciendo—cuando don Pedro Niembro era empresario de la Plaza, hace de esto muchos años. En aquella Plaza vieja inolvidable han nacido todos mis hijos y mis nietos, y allí he visto yo durante mucho tiempo todo lo que se puede ver en materia de toros. Puede usted estar seguro de que los viejos aficionados no olvidaremos aquella Plaza nunca. Sucesivamente fui estando a las órdenes de los demás empresarios que reemplazaron a don Pedro. Han sido éstos los señores Mosquera y Echevarría, y en la actualidad don José Alonso Orduña. Todos ellos me han apreciado y me han distinguido mucho, y con todos me he encontrado y me encuentro muy contento.

—¿Le proporciona muchas preocupaciones su cargo?

—Muchas. Es uno de los cargos de más responsabilidad de la Plaza. Y lo es porque del buen estado del redondel dependen muchas cosas; entre ellas, y no deja de ser ésta una de las más importantes, evitar que los toreros puedan sufrir algunos percances, que son inevitables cuando el redondel se encuentra en malas condiciones. En general—añade Lorenzo—, todos los toreros son muy delicados para el ruedo, pero ha habido algunos imposibles de contentar en este sentido; el más exigente, entre ellos, Vicente Pastor.

—¿Le dió mucho quehacer don Vicente?

—El, directamente, no; pero cuando tenía que torear enviaba a la Plaza a su apoderado, y mientras éste no veía el redondel como la palma de la mano, no se marchaba tranquilo. Cuando Pastor venía a torear, estaba bien seguro de que por esa parte no había de ocurrirle nada. El celo y buen cuidado en el desempeño de mi cargo llegó a conquistarme la confianza de todos los toreros. Todos me quieren porque saben que yo me sacrifico por el redondel, y hoy, puede usted creer que la única ilusión que me queda, en el sentido profesional, es seguir sacrificándome. La Plaza la considero como algo mío, y a los toreros les conviene mi presencia en ella. Nos conocemos muy bien para no apreciarnos recíprocamente.

—¿Sintió usted alguna vez la inquietud de ser torero?

—La sentí siempre, pero no pasé de rejoneador. Como rejoneador actué durante algún tiempo con éxito; por cierto que, en una ocasión, en Alcázar de San Juan, rejoneé dos novillos en sustitución del conde de las Cabezuelas. Parece que estuve aquella tarde estupendamente.

—Y en la familia, ¿tiene usted toreros?

—Mi hijo, el Chico de la Plaza.

—¿Torea todavía?

—Sí. Va con el sobrino de Marcial Lalanda. Empezó con éste y con su primo Pablo, cuando formaron la cuadrilla juvenil, y fué con Nicanor Villalta hasta que disolvió su cuadrilla por despedirse de los toros.

—¿Recuerda usted alguna corrida sensacional?

—La mejor que yo he visto en mi vida fué una tarde que toreaba Chicuelo. Conmigo lo recordarán muchos. En el centro del ruedo, impassible y sereno como una estatua, le dió al toro veintitantos naturales escalofriantes. Las ovaciones echaban humo. Ya comprenderá usted que estas cosas son muy difíciles de olvidarlas.

La mirada de Lorenzo parece que se ilumina a través de los lentes. Sonríe inefablemente:

—¡Ay, aquella Plaza vieja!—exclama nostálgico—. No olvidaré nunca tampoco aquellas escenas de los «scarretones» en el ruedo, a modo de ensayo, cuando iban a ejercitarse los toreros noveles y los aficionados. De allí salieron muchas grandes figuras del toreo.

—¿Los «scarretones», ha dicho usted?

—Sí, hombre. Un carrutón con una cabeza de toro y una rueda que servía para sustituir al toro de verdad. Uno de los muchachos lo dirigía y los demás toreaban. ¡Y cómo toreaban! Allí hicieron su aprendizaje los Lalanda, los Valencia, Magritas, que se hizo un banderillero inmenso con los «scarretones». ¡Y tantos otros!

—¿Le parecen a usted más... toreros los antiguos que los modernos?

—Verá usted. La fiesta taurina, en general, me parece ahora más interesante, más completa que antiguamente. Los toreros, en particular, ya es otra cosa. Yo se lo definiría a usted diciendo que hoy predomina el «torero», mientras que antes predominaba el «matador». Sí, esto es, exactamente, lo que yo quería decirle. Al público de mi tiempo le interesaba mucho más el que mataba toros que el que los toreaba, y es natural que fueran los matadores los que se llevaban el dinero de las Empresas y la admiración y los aplausos del público. Pero que quede esto en pie por mi parte: encuentro más estilismo y más gracia en los toreros actuales, que si algunas veces no llegan a matadores, no dejan de ser toreros siempre...

—¿Su torero predilecto?

—Como esta preferencia, por ser mía, podía carecer de interés para el lector, le hablaré mejor de los toreros que son amigos míos y a los que quiero como si fueran de mi familia. Me refiero a Marcial Lalanda y a Nicanor Villalta. Ya ve usted, no será por echarles incienso, puesto que los dos están ya retirados. Pero los dos han sido dos magníficos toreros y continúan siendo dos excelentes amigos.

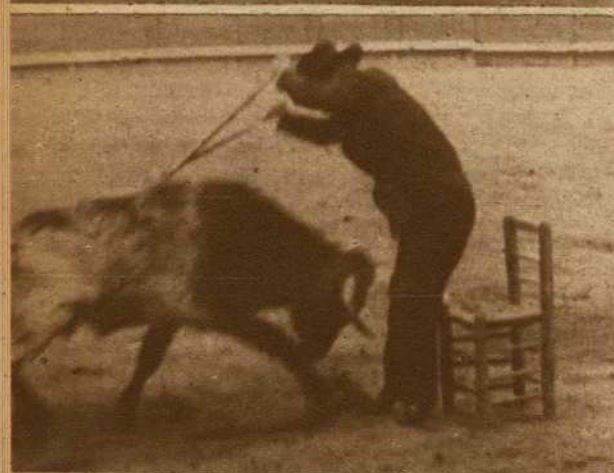
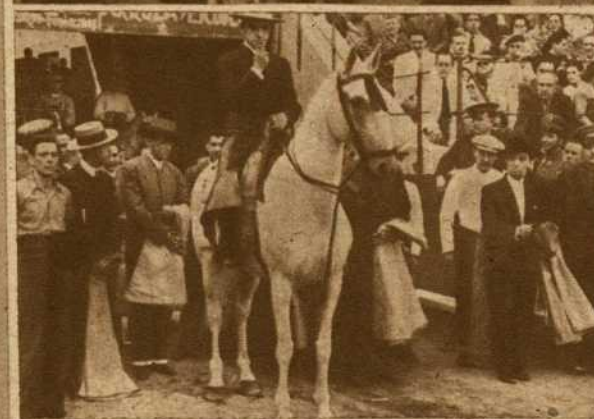
JUAN DE ALCARAZ

## PEPE BIENVENIDA Y CARLOS ARRUZA EL MIÉRCOLES EN BARCELONA



Pepe Bienvenida en la corrida del miércoles en Barcelona, en la que alternó con Carlos Arruza. De arriba abajo: Banderilleando, toreando de muleta, dando la vuelta al ruedo mostrando al público la oreja que cortó por la gran faena en su primer toro (Fotos Valls.)

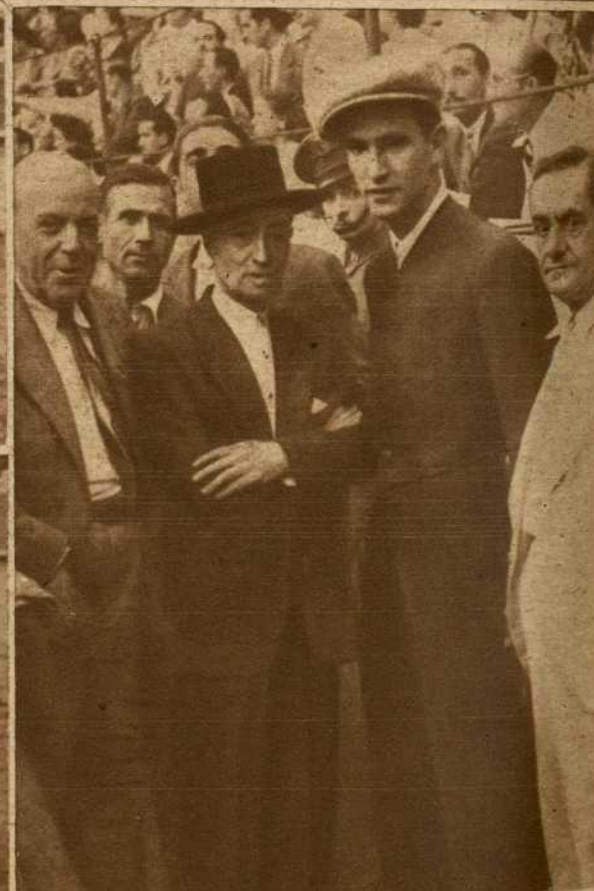


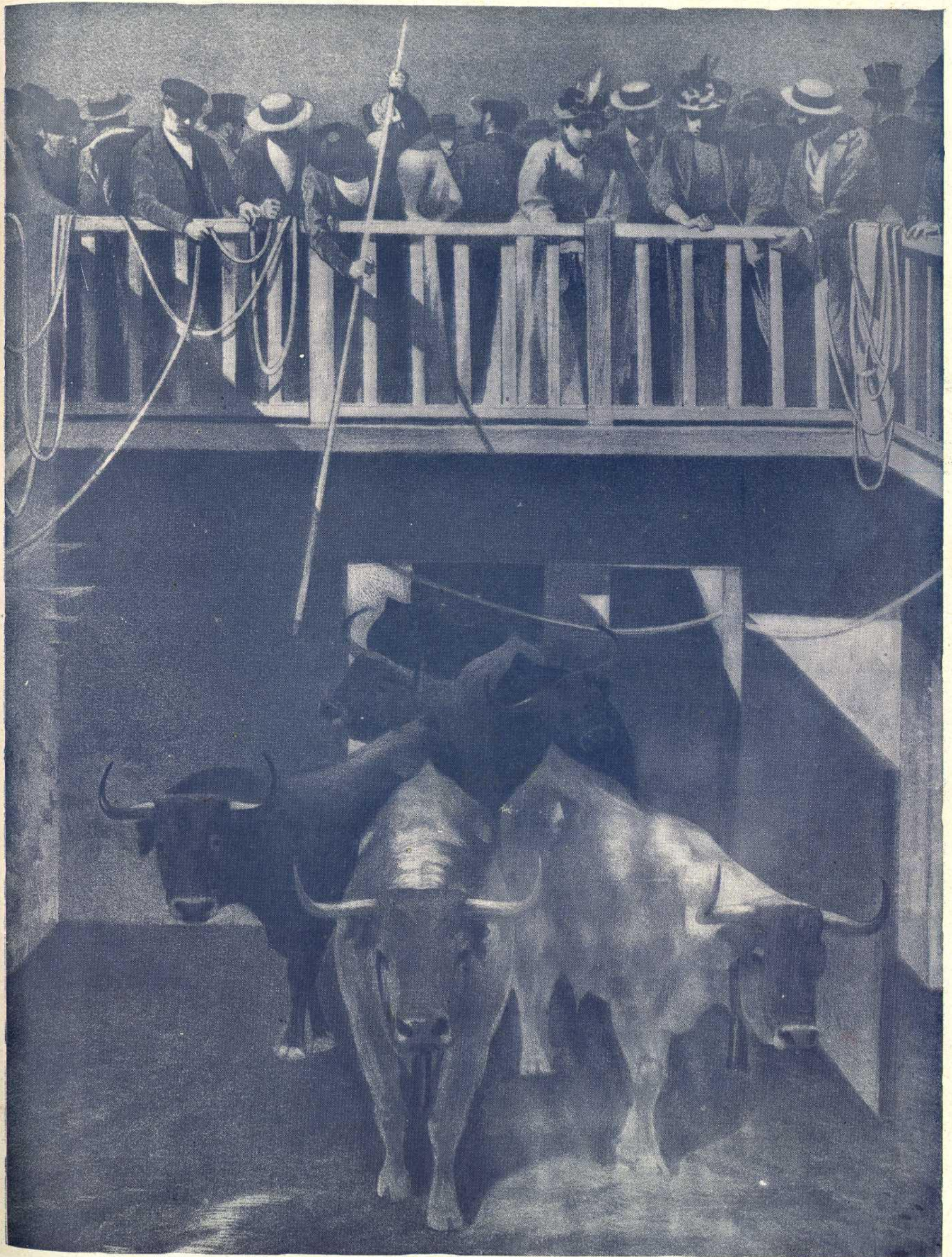


# LOS VIEJOS, EN BARCELONA

EL GALLO y BELMONTE, como en sus buenos tiempos

Momentos gráficos de los dos famosos toreros en el festival celebrado el jueves en la monumental (Fotos. Valls)





Antes de la corrida  
(Dibujo de Perca.)



Antes de la corrida  
(Dibujo clásico de Lizcano.)